

La Ilustración Artística

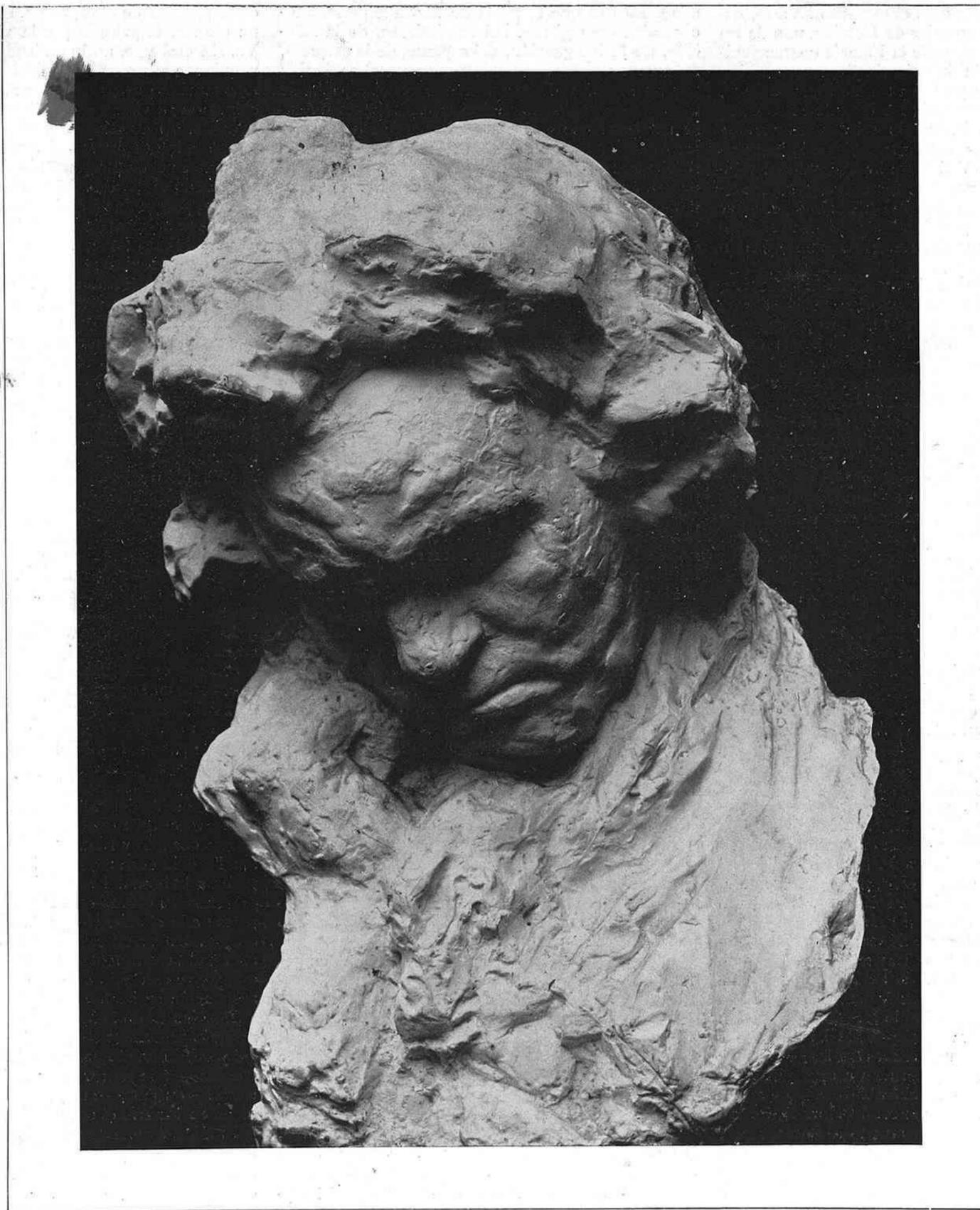


Año XXXIII

BARCELONA 6 DE ABRIL DE 1914

Núm. 1.684

OBRAS NOTABLES DE LA ESCULTURA CONTEMPORÁNEA



BEETHOVEN, busto modelado por Emilio A. Bourdelle

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Los gansos*, por A. Escamilla Rodríguez. — *Maillane. Entierro de Federico Mistral*. — *Domenico Theotocopuli*. — *La agitación irlandesa*. — *Ambrosina* (novela ilustrada; continuación). — *El alto comisario general Marina en Melilla*. — *Barcelona. Entrega de un grupo de casas baratas*. — *Múnich. Una representación de gala en la corte de Baviera*. — **Grabados.** — *Beethoven*, busto modelado por Bourdelle. — Dibujo de Carlos Vázquez, ilustración a *Los gansos*. — *Jesús en el desierto*, cuadro de Morelli. — *Getsemani*, pintura mural obra de Gebhardt. — *San Juan Bautista en el desierto; La huída a Egipto*, cuadros de Tiépolo. — *Representación del «Orfeo» de Gluck en el Instituto Jacques-Dalroze, de Helleran (Dresde)*. — *Notas de Maillane, Ulster, Melilla, Barcelona y Múnich*. — *Retrato de Domenico Theotocopuli*. — *San Martín; La Asunción de la Virgen*, cuadros del mismo. — *El sermón de la montaña*, pintura mural de Gebhardt. — *Jesucristo en Betania*, cuadro de Eugenio Burnand.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estos días no se ha hablado en Madrid sino del estreno de la obra de Hervieu, traducida por Benavente, y titulada *El destino manda*.

Analizando los elementos de esta extraordinaria expectación, claro es que no todos resultan literarios, y que entraron, en las proporciones dadas a este acontecimiento, muchos de carácter santuario y mundano. Me apresuro a añadir que nunca hay edificio sin cimiento, y que en este caso el cimiento ha sido, naturalmente, la labor anterior de Hervieu, uno de los más ilustres dramaturgos de la Francia contemporánea; la labor, también literaria, de Benavente, al hacer de la obra limpia y castiza traducción, y la fama, a cada paso más extensa, de los Díaz de Mendoza.

Oyese a veces decir, cuando «el destino manda» una ovación a alguien, «ese homenaje se lo han preparado sus amigos». Y siempre he preguntado: ¿acaso los homenajes los preparan los enemigos? Por muchos amigos que reúna el vecino de enfrente, el señor anónimo, podrán prepararle algo puramente amistoso; un verdadero homenaje, nunca. Todo necesita ambiente, precedentes, base.

Aplicando la doctrina al caso de Pablo Hervieu, en España, diré que aun cuando Fernando Díaz de Mendoza y María Guerrero, con todo su prestigio, se empeñasen en armar un tinglado caprichoso para un autor mediocre, sin consagración anterior, no lo conseguirían. Y desde luego, no hay ni que admitir la hipótesis de que lo hubiesen intentado. ¿Para qué?

Encontró acogida y calor Hervieu en la más encoquetada sociedad madrileña, porque los actores de la Princesa tienen su público en esta misma sociedad, amén de contar en ella con amigos personales y muy íntimos, con parentela ilustre, con un arraigo antiguo y no interrumpido nunca. Tanto o más que el Teatro Real, atrae y congrega la Princesa a lo más selecto, y casi diré que las suntuosidades de aquel escenario, cuando lo requieren las obras, superan o por lo menos igualan a las de la mayoría de las residencias aristocráticas, y en ocasiones les sirven de modelo. Hasta peca por exceso de lujo y belleza la *mise en scène*. Nunca el castillo de Chazay, a existir, hubiese ostentado en su *hall* los tapices soberbios, propiedad del Duque de Tamames, que en la Princesa se admiran todas las noches. Y es probable que la dueña de la casa no se vistiese tan a la nueva moda y al artístico antojo, como María.

Todo esto, y más si el público es especial, refinado, cultivador del lujo, amigo de las elegancias de la vida moderna, contribuye a despertar el inmenso interés que agotó los palcos y las localidades todas de la Princesa para las dos primeras representaciones, y supongo que para muchas más. Sólo que todo esto exige, formados con antelación, nombradía, altura, no sólo de los actores, sino en el autor. Y son condiciones que no cabe negar a Pablo Hervieu.

Cuando un autor francés de cartel pasa la frontera, viene en persona a España, y autoriza un estreno en Madrid que antecede al de París, hay que agradecerle la cortesía, y nos sentimos predispuestos en su favor. Los obsequios que Pablo Hervieu ha recibido en Madrid son hidalga correspondencia; y debemos felicitarlos de que se sumasen a ellos las gentes que, por lo común, no obsequian sino a otro género de viajeros de la *crema* internacional.

Es difícil, realmente, dar gusto a todos. Oyese casi a diario repetir que el gran mundo se interesa muy poco o nada por lo intelectual y artístico. Se acusa a este gran mundo de no preocuparse sino del deporte, de la moda, de los trapos, de las diversiones vacías y sin sentido. Y cuando el gran mundo, por casualidad, festeja a un intelectual y a un autor dramático, se toma poco menos que a delito, y se piden cuentas de por qué a éste y no a otro, por qué en una forma y en otra no. Yo encuentro que siempre debe elogiarse lo elogiado, y que lo mejor es enemigo de lo bueno. No fuera malo establecer estas costumbres

y relaciones, que honrarían a todos, y en primer término a las grandes señoras, ya lo hiciesen por excepción (ya, como la marquesa de Hoyos, por hábito y por conocimiento y tradición de su familia, donde nunca los intelectuales han faltado).

Cuando vino a Madrid otro ilustre escritor, Fernando Brunetière, hace años ya, el espectáculo fue menos halagüeño. Recuerdo que, al preguntarle yo, que le debía afecto y atenciones inolvidables prodigadas cuando fui a dar en París mi Conferencia, qué hora y qué día tendría libre para agasajarle en mi casa, me contestó que todas: nadie le había invitado a comida, almuerzo, excursión o sarao. Y cuenta que Brunetière no venía a Madrid como turista, no: le traían a dar una conferencia elementos políticos y sociales de los que más medios reúnen para festejar con esplendidez hospitalaria, y en este caso obligatoria, a un extranjero. Más vale que se lleve Hervieu un recuerdo de extremosa acogida, que el de una frialdad que hubiese sido injusta e inexplicable.

Respecto a la obra, diré que es muy dramática y fuerte, lo cual constituye un acierto tratándose del papel que María Guerrero ha de estrenar. Nadie ignora cómo esta gran actriz domina la cuerda dramática, y aun la trágica, si bien no suelen escribirse hoy verdaderas tragedias (y sobre este punto cabría una disertación, que no me parece oportuna en una crónica). Ello es que el papel de María le permite tocar todos los registros del sentimiento, de la aflicción, de la indignación, del espanto, de la sorpresa, de cuantos movimientos caben en un alma herida por las mayores desventuras que en el espacio de unas horas pueden caer sobre criatura humana. Acaso por lo mismo, por exceso de tensión dramática, por la rapidez con que todo ocurre, estando María a su altura acostumbrada, la alcanzó mayor aún Fernando, en un papel más sobrio, de menos transiciones — un papel *afirmativo* —. No cabe mejor interpretación de la que dió Fernando al personaje del comandante Chazay. Y en ese papel está todo el sentido de la obra, que trataré de desentrañar, pues se han dicho cosas muy contradictorias y merece la pena de examinarlas a grandes rasgos.

Lo primero que ha surgido, ante el drama de Hervieu, es el recuerdo de otro drama romántico del duque de Rivas: *La fuerza del sino*. Y se ha discutido lo que, en ambas obras, que por cierto en nada se parecen, corresponde al fatalismo, al determinismo, y al albedrío humano.

Al duque de Rivas, al cabo cosa nuestra, español, se le ha absuelto porque su fatalidad es «la fatalidad griega». Realmente, el que no se consuela, es porque no quiere. No entiendo la distinción. La fatalidad griega, no la sé diferenciar de la fatalidad modernísima. Quisiera que me explicasen por qué no es heterodoxa la fatalidad griega, y es una gran herejía la fatalidad de ahora.

Don Álvaro, el Inca, se ve compelido por su sino fatal a matar sin querer al padre de su amada, y luego a sus dos hermanos; a éstos queriendo ya. El sino no lo explica todo, sin embargo, en la vida de Don Álvaro: cuando ha ingresado en el convento de franciscanos, hecho dura penitencia, ofrecido a Dios su arrepentimiento, D. Álvaro podría, en vez de contestar a un ultraje con estocadas, presentar la otra mejilla. Aquí entra en juego la responsabilidad, quién lo duda; aquí entra ya el *pecado*, obra de la conciencia, que puede sufrir ofuscación, pero no de un modo enteramente invencible.

Pudo D. Álvaro cifrar su orgullo en lo que lo pusieron San Francisco de Borja y otros varones de nobilísima estirpe: en la humildad. Y entonces, vencida quedaba la fuerza del sino. No diré que así fuese más bello el drama: lo que aseguro es que la fatalidad no ejerce, en la mayor parte de los casos, ese tiránico poder que se le atribuye.

En la obra de Hervieu, el asunto se resume en pocas líneas. Una señorita de antigua nobleza se ha casado con un negociante de alta categoría. Son felices, en apariencia, cuando sube el telón: tiene dos hijos, la parejita, ya crecidos y adolescentes, poseen riquezas, hay paz. Creyérase al pronto que el drama va a surgir de que un criado, antiguo y estimadísimo, substraer un billete de Banco, compelido a ello por *el destino*, por la necesidad de socorrer a una hija que está en necesidad extrema. No es, sin embargo, el episodio del criado, sino una preparación, y el conflicto surge de que el marido de la protagonista tiene dos vidas: una pública y visible, la de su hogar, y otra secreta, es decir, no tan secreta que todo París no la conozca, pero que ignora su mujer, acaso porque vive en el campo, o por un exceso de ciega confianza. El que creíamos marido ejemplar, excelente padre y hombre de negocios con crédito y autoridad, ha jugado, sostiene una querida de gran lujo, está perseguido por estafa, y le busca la justicia. Todo lo des-

conoce la esposa, pero lo saben el cuñado y un amigo íntimo de la casa, y se disponen a dar la noticia a la esposa, ocultando sólo lo que se refiere a la infidelidad. Y (esto es muy humano) la mujer, no sospechando la traición amorosa, perdona todo lo demás, y está dispuesta a seguir a su esposo a la cárcel y a pedir limosna para salvarle. Por su parte, el culpado prepara la fuga, y, al saberlo, el comandante de Chazay, su cuñado, le sale al paso y le exige que lave su deshonor suicidándose. Y aquí pregunto, como pregunté respecto de la obra del duque de Rivas: ¿manda esto irremisiblemente el destino? Es evidente que no. El banquero arruinado y deshonrado pudo, en efecto, recurrir a esa fuga, lo más frecuente en casos tales, y no por eso su familia, sus hijos inocentes hubiesen quedado cubiertos de ignominia y baldón a la faz del mundo.

No es pues el destino, sino una especial manera de entender el punto de honra el comandante de Chazay, persona por otra parte dignísima, lo que trae la catástrofe. El banquero se niega a quitarse la vida; el comandante insiste; se produce una lucha, salen de la habitación peleando, se oye un tiro... La cosa es clara: el comandante ha hecho justicia.

Es indudable que el autor quiso poner a este simpático personaje, encarnación del honor y del sentimiento del deber, y que ya ha dado a su hermana otras pruebas de abnegación, en el caso de cometer un crimen, impulsado por la violencia del destino. Yo, sin embargo, no lo entiendo así. El acto del comandante, aun siendo tan ilícito, obedece a los mismos móviles generosos en que se inspiraron otras acciones de su vida: si es delincuente, es delincuente honrado. Y toda vez que el comandante no desmiente en esa hora suprema el carácter de su existencia toda, no es el destino, es la individualidad, lo que se afirma con el disparo. El comandante deja seco a su cuñado, porque lo ve embustero, vicioso, cobarde, felón, y quiere librar de tan mal bicho a su hermana y a sus sobrinos, aun a costa del riesgo de su libertad y su honra propias, pues los Tribunales pudieran no apreciar como él este acto. No es un ciego impulso, sino algo muy consciente, lo que le hace disparar. Es hasta un cálculo de ese egoísmo invertido, hermoso, que nos lleva a buscar la dicha de los que amamos, a costa de la propia. No encuentro, pues, fundada la acusación de atentar contra el libre albedrío humano que se ha dirigido a Hervieu. En su obra, la fatalidad no empuja: a lo sumo, empujan las circunstancias, contra las cuales se puede luchar. Y ninguno de los personajes desmiente su manera de ser, bajo el influjo de sucesos imprevistos. El comandante sigue tan pundonoroso; la dama, tan buena y honesta; el mismo criado, que robó la mínima suma de cien francos, obedeciendo a un estímulo natural, descubre, al responder a la acusación, que no ha dejado de ser un excelente hombre, y que únicamente pecó de tonto, pues debió pedir a sus amos, que tanto le estiman, esa cantidad pequeña.

Lo que verdaderamente late en esta obra, que aun no se ha estrenado en París cuando trazo las presentes líneas, es un sentido patriótico y militarista que se resume en la personalidad del comandante, prototipo del honor antes y después del homicidio que comete y que se propone espiar cara al enemigo. Contrasta la personalidad del valiente militar con la de su cuñado, a quien todo espectador de buena intención le agradece muchísimo que mate. El cuñado es representación del París de *la fête*, en que el afán del placer mata toda dignidad, en que las ideas morales se han borrado y hasta son objeto de risa. Al lado de esa Francia corrompida y hasta sin gallardías para pagar, a la hora del vencimiento, la deuda con la sangre, Hervieu esboza otra Francia enérgica, seria, dispuesta a la obediencia y a la disciplina, hasta al sacrificio. Esto, a mi entender, resalta mejor que la tesis fatalista que tanto alarmó a determinados críticos, y que carece, a mi ver, de fundamento y de demostración en los lances de la obra.

Hervieu es un hombre de cara menuda, de facciones más jóvenes que su edad, de pocas palabras, frugal y sobrio en el comer, moderadísimo en el beber, modesto en su talante, reservado en el gesto y ademanes — en suma, una persona que tiene lo que se llama en Francia el tono de la *bonne compagnie*.

Naturalmente, estoy exteriorizando una impresión fugaz, y retratando a un personaje que no se ha detenido sino breves minutos ante el pintor, y que aparece algo receloso y cerrado, como se está en país extraño y ante gente nueva. El Hervieu dramaturgo, que desde hace años triunfa en los escenarios parisienses, me era familiar; y, a distancia, no veía de él sino las ideas, el marcado y constante feminismo y la eterna preocupación del sentido dramático de la vida vulgar en apariencia.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LOS GANSOS, POR A. ESCAMILLA RODRÍGUEZ, dibujo de Carlos Vázquez

Triunfal recibimiento tuvo aquel año la primavera. Los almendros y los ciruelos cuajados de flores ofrecían el palio de su ramaje a bandadas de canoros jilguerillos, maestros en difíciles fermatas y graciosas apoyaturas.

Tempraneras rosas embalsamaban ya el ambiente cuando mis padres, cuidadosos siempre de la salud de sus cuatro hijos, dispusieron que pasásemos una temporada en la finca que poseíamos en el pintoresco término de la ciudad famosa por la riqueza de sus vides y por sus algaradas revolucionarias de muy triste recordación.

Estos viajes que hacíamos desde Córdoba, en coche, por la carretera, constituían para nosotros un regocijante suceso; casi, casi una efeméride. Muchos días antes de la marcha, no hablábamos de otra cosa. Uno recogía su escopeta y sus cartuchos, como si fuese a dar una gran batalla; el otro empaquetaba sus libros; éste guardaba sus lápices, su caja de colores y sus pinceles, y aquél, el Benjamín, chapurreaba a cada instante:

- Mamá, yo quedo irme. Vámonos pronto, papá.

En una jornada corríamos nueve leguas. Llegados a la finca, con la escopeta se mataba... el tiempo; los libros se arrinconaban para mejor conservar su ciencia, y los lápices y los colores *no pintaban* absolutamente nada en nuestros juegos y travesuras, con frecuencia interrumpidos por las voces de mi madre:

- ¡Niños! ¡Niños! ¿Qué estáis haciendo? No corráis, que alguno se va a caer. ¡Estas criaturas son de la piel del demonio!

Pero lo cierto era que todas nuestras diabluras la distraían en extremo, y que el noventa y nueve por ciento de las veces los regaños más acres terminaban en dulce besuqueo y las actitudes más enérgicas en tiernos abrazos. Así era mi madre, así son algunas madres y así debieran ser todas.

En la casa de campo habíamos hecho una especie de parque zoológico. No os riáis.

Allí se hallaba casi toda la fauna del país y varios ejemplares exóticos: caballos, mulos, asnos, bueyes, ovejas, cerdos, gatos, conejos, palomos, gallinas, patos, pavos reales. ¡Hasta un «León», que así se llamaba el mastín guardador de la puerta, y un «Zorro», remoque que con orgullo ostentaba el boyero! Quizás hubiese algunos animales más entre los motes de gañanes, pastores y zagalillos. Lo que sí recuerdo es que - ¡cosa rara! - no había más que una «Pulga»: la jaca moruna, torda, inquieta como el azogue y veloz como el relámpago en que «El Chiri», uno de los muleros, iba por víveres al pueblo próximo y perdió los incisivos al descabalar una vez por las orejas, claro que contra toda su voluntad y con un aplastamiento de nariz que le desfiguró para el resto de su vida.

Cierta mañana correteábamos por los jardinillos de la explanada, cuando los furiosos ladridos de «León» atrajeron nuestra curiosidad hacia el camino, por donde avanzaba un mozo con blusa azul y

zahones de cuero conduciendo del ronzal un burro cargado con unos cofines de los cuales sobresalían las estúpidas cabezas de dos gansos que graznaron

do la escaña, lucían el tornasol de sus cuellos gráciles; huyeron las gallinas; cabildearon los patos, y únicamente el gallo se dispuso a hacerles frente todo encrespado, aunque desistiendo pronto de su arrogancia, tuvo por inseguro un travesaño que en el corral había junto al alero.

- ¡Señores! ¿A qué semejante tremolina?, hubieran dicho los gansos, si no fuesen tan gansos y pudieran echar la palabra del cuerpo. A pesar de nuestro imponente aspecto, somos unos camaradas pacíficos que habremos de convivir con vosotros. Tranquilizaos, pues.

Sí, sí. ¡Vayan ustedes con discursos a una multitud despavorida! ¡Metan ustedes razones de tal calibre en cabezas tan pequeñas!

Esperemos. Todo es cuestión de tiempo. No hay tumulto que no se aquiete, ni mal que cien años dure. Así, cuando nos retiramos del corral, el gallo y unas cuantas gallinas, disimulando su recelo, compartían con gansos y patos su ración de afrecho.

Fué la señal de paz. Desde el solemne momento en que todos comieron en el mismo plato, arraigó la amistad en la grey plumifera. Nada reconcilia como un banquete. Es máxima de alta política.

Después, no sé si por la fuerza de la persuasión o por la persuasión de la fuerza, los gansos se enseñorearon, hicieron ley su voluntad y arrogaronse la soberanía.

* * *

Otra mañana, la visita fué para el casero o capataz de la hacienda. «Muselina», que así se apodaba, supo de labios de un su vecino en la aldea que su único hijo, Juan Ramón, estaba muy malo, que el médico decía que era cosa grave y que convendría que en aquel

mismo momento subiese en una bestia y la arrease hacia la casa del enfermo. Ya por el camino le daría detalles.

¡Pobre «Muselina!» Esta embajada le aturdió tanto, que en unos minutos no supo el hombre lo que hacía. De acá para allá, a diestro y siniestro, dió vueltas y más vueltas por la amplia cocina de los labriegos antes de decidirse a solicitar de mi padre permiso para marcharse.

Apenas subió a nuestras habitaciones, comprendió mi madre que algo muy grave le ocurría, pues «Muselina», de continuo alegre y dicharachero, llevaba entonces una cara larga y triste como un cirio. Dos palabras le bastaron para conseguir la autorización que pedía y antes de un cuarto de hora le vimos perderse con su convecino, entre los olivares que limitaban el horizonte, caballero en un mulo rojo de buena andadura.

Todo el día estuvimos preocupados con lo que pudiera haberle ocurrido a Juan Ramón, el hijo de «Muselina», y bastante notamos la falta de éste por la noche cuando, alrededor del hogar, después de comer su ensalada la gañanía, comenzaron los cuentos y chascarrillos, de que tenía un archivo del color de las verdolagas el viejo casero.



Ana María lloraba como él la pérdida de Juan Ramón

agriamente. Rápidos acudimos a su encuentro. El hombre de la blusa preguntó por mi padre, nos entregó una carta y comenzó a descargar los cofines.

¡Qué alborozo tan grande! Los gansos aquéllos eran regalo de un amigo, que al enviarlos decía:

«Son jóvenes y forman pareja. El de plumaje completamente blanco es la hembra. Creo que le gustarán a usted.»

¡Vaya unos bichos hermosos! No nos cansábamos de mirarlos y, confiados en su aparente mansedumbre, intentamos coger al macho, el cual nos acometió fiero, con las alas abiertas y el cuello enarcado. El susto que nos dió fué mayúsculo. De mi hermano menor se llevó un pedazo de calcetín en el pico, después de dejarle huellas en la pantorrilla.

- Tú tienes la culpa; pero no llores, Manolo. Eso no es nada.

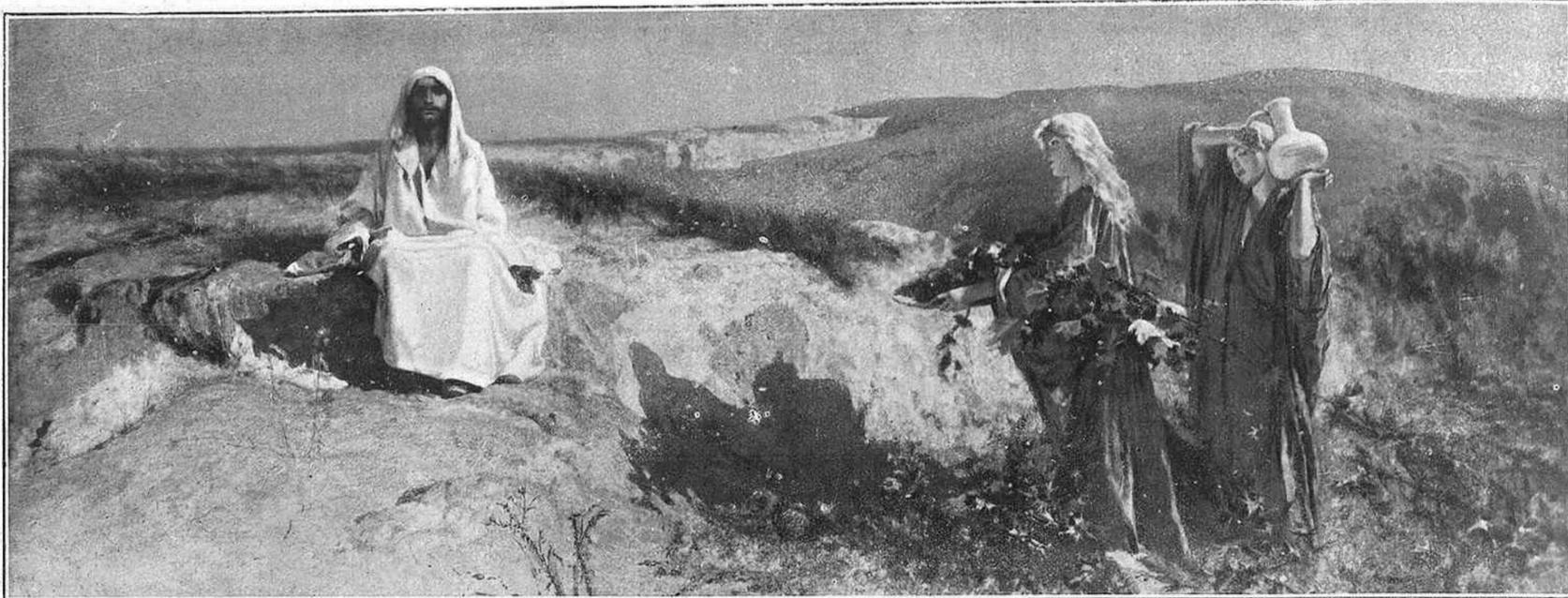
Y luego de cubrir mi madre la herida de Manolo con un tafetán, cesó la llantina y todos fuimos a ver la recepción que se hacía a tan enfáticos personajes en la república del gallinero.

El clamor de los romanos al entrar en su metrópoli las hordas de Atila, no debió ser más que un rumorillo comparado con la albórbola que produjeron los gansos. Volaron los palomos que, picotean-

Juan Ramón era un muchachote trabajador, alto, fornido y guapo, lleno de salud y de ilusiones de ser feliz con la mujer que había escogido por esposa. «Muselina», que sentía por él fanatismo, habíase opuesto al matrimonio, no porque la novia fuese fea ni pobre, sino precisamente porque en el lugar go-

Juan Ramón la llevó al altar contra viento y marea, a pesar de todo y sobre todo, seguro de su pureza de cuerpo y alma, y ahora él, el suegro que se opuso a la boda, la colocaría en un nicho como a la Dolorosa, con un corazón de plata traspasado por una sola espada.

Él sabía con frecuencia de ella y en los días que iba al pueblo, con ella comía y ella le arreglaba la ropa, confiándose uno al otro gratas memorias del muerto, cuyo retrato con el traje de novio descolgaban de la pared frontera de la salita para ofrendarle sus lágrimas.



Jesús en el desierto, cuadro de Domingo Morelli que figura en la Galería de Arte Moderno, de Roma. (De fotografía de Vasari, remitida por Carlos Abeniacar.)

zaba fama de hermosa y los galanes desdeñados, ruines como tópos, minaron su reputación hasta el punto de que las gentes más benévolas sonreían picarescamente cuando de su honradez se hablaba.

«Muselina», con muy buen sentido, decía a Juan Ramón siempre que se trataba de la boda:

— No; si yo no lo afirmo. A mí me paese honrá, y creo que lo es como la que más lo sea. Yo la pondría en un altá. Pero... Las lenguas mardesias se me clavan en er corasón. Yo quiero pa ti una mujé de la que naide tenga que desí ni esto.

Y señalaba el filo de una uña.

— Y ¿qué quíe osté, padre? ¿Voy a ir por toas partes tapando bocas y estripando víboras?

— Eso tampoco. Pero arrepara en que, si hablan de mosa, también hablarán de casá, y lo que digan pué ser la ruina tuya y la esesperación mía.

— ¡Déjelo osté, padre! ¿A qué ponerse en lo peó?

— ¡Güeno! Pa ti será la *garandaya*.

Y a pesar de tan naturales observaciones, Juan Ramón se casó enamoradísimo, y como la nuera era fiel, guapa y hacendosa, el suegro acabó por quererla igual que a una hija.

Por fortuna sus presagios no se realizaron y cuando a los pocos días del enlace de Juan Ramón y Ana María, «Muselina», en medio de la plaza, dió a un murmurador una bofetada que sonó como un estampido, nadie volvió a decir palabra que ofendiese a los recién casados. La prudencia se impuso y el barbero sacó una muela y una peseta al abofeteado. ¿Qué hay en el mundo que no redunde en beneficio de quien menos se piensa?

Juan Ramón vivía muy contento y su padre también. Mas un filósofo muy cuerdo aseguró que la alegría dura poco en la casa de los pobres, y así es.

En estas circunstancias, al cabo de dos años, llevaron a «Muselina» recado de que su hijo estaba gravemente enfermo, tan enfermo, que en pocas horas Ana María quedó viuda.

¡Fué un trance horrible! El viejo capataz, que se veía en Juan Ramón rejuvenecido, comenzando a vivir, cayó en un abatimiento que le dejó alelado. Nunca más volvimos a verle reír. Hablaba lo preciso, y por respeto a su gran dolor, no le pedimos que nos contase sus cuentos graciosos y picantes como las guindillas.

Cuando en las veladas de la cocina, tras circular un caldero lleno de vino, el «Zorro» punteaba en la guitarra los boleros y fandanguillos que bailaban los gañanes unos con otros, a falta de hembras, y Juanillo, el zagal, que tenía mucho de *cañí*, salía por marianas, polos y soleares, «Muselina», con cualquier pretexto, abandonaba la fiesta, a la que sin duda creía ser un estorbo.

El único consuelo que el infeliz tenía era saber que Ana María lloraba como él la pérdida de Juan Ramón. «Como él», solía repetir, porque para la hermosa mujer ya no había hombres en el mundo.

¡Mentira, mentira cuanto de ella se dijera! Antes, como después de casada, como ahora viuda, Ana María era un modelo de juicio y sentimientos nobles.

Esto que «Muselina» dijo una mañana en la taberna del «Pirulo», entre sorbo y sorbo de legítimo Rute, fué motivo más que sobrado para que los vagos y las comadres del pueblo en lo sucesivo, y claro está que cuando no podían obrar las manazas del suegro, hiciesen sabrosos comentarios, adjudicando a la nuera el sobrenombre de «La Dolorosa».

Y en verdad que no estaba mal puesto, juzgando por sus tocas negras, su voluntario retraimiento y la expresión de pesar hondo de su bello semblante.



Getsemaní, pintura mural de la iglesia de la Paz, de Düsseldorf, obra de Eduardo de Gebhardt

Como es fácil de comprender, con tan ejemplarísima conducta las relaciones familiares entre el capataz y la viuda continuaron siendo muy cordiales.

Así transcurrieron meses y meses. Organizábamos otro viaje al campo para celebrar el éxito de nuestros exámenes del bachillerato, cuando a la hora de una rojiza puesta de sol se presentó en casa «Muselina».

Llevaba una carga de fruta y una infausta nueva. La fruta era dulce y jugosa. De la calidad de la noticia juzguen ustedes. ¡La pareja de gansos ya no existía!

— ¿Los han robado, Juanico?

— ¿Robarlos? ¡Ca, no señó! Ha sío una cosa pa contala. Les digo a ustés que hay animales que paesen presonas. Mesmamente presonas y de las güenas. Yo he visto bichos jasé la má de cosas raras que les habían enseño a juersa e palos y de jambre. Yo oí por feria a una foca, una especie de perro metío en agua, jablá en chino porque ninguno la entendía; ¡pero esto!..

— ¿Qué fué, Juanico? Diga usted.

— Un amanesé, al repará que no salían ar jardín, como toos los días, fui ar corrá. En un rincón estaba la jembra. Der pico le corgaba un jiliyo como de baba. Er macho estaba a su lao mirándola con ojos mu tristes. No me cabía día, señorito. La gansa se moría a chorros. Y aunque yo jise por curala, dándole aseite crúo, na ¡que se murió!

— ¡Qué lástima!

— Estaba hermosa, sí, señó. Toos los que pasaban por ayí lo desían... Pero ahora viene lo que yo mismo no creería si no lo hubiese visto con los ojos de mi cara... La difunta se enterró en el mular y er macho, que se enserró durante la operación porque nos gorría locos gritando, la buscó luego por toas partes y, sin sabé cómo, dió con er sitio en donde estaba enterrá y er animalíyo se plantó ensimita de la sepultura y ayí, sin comé ni bebé, de día y de noche, lamentándose como una criatura, yorando, señorito, yo digo que aqueyo era yorá, entre quejío y quejío, ayí cayó muerto er probético. ¡Si hay animales que paesen presonas! Mesmamente presonas y de las güenas. A esos bichos no les cuadraba er nombre; no, señó. ¿Por qué les pondrían *gansos*?

Generalizóse después la conversación e ignoro cómo vino a cuento el preguntarle por su nuera.

«Muselina» púsose grave, calló un momento y como nosotros le interrogáramos de nuevo, dijo:

— ¡Pobre Juan Ramón! «La Dolorosa» m'ha dejao er manto y er corasón traspasao por dos espaas.

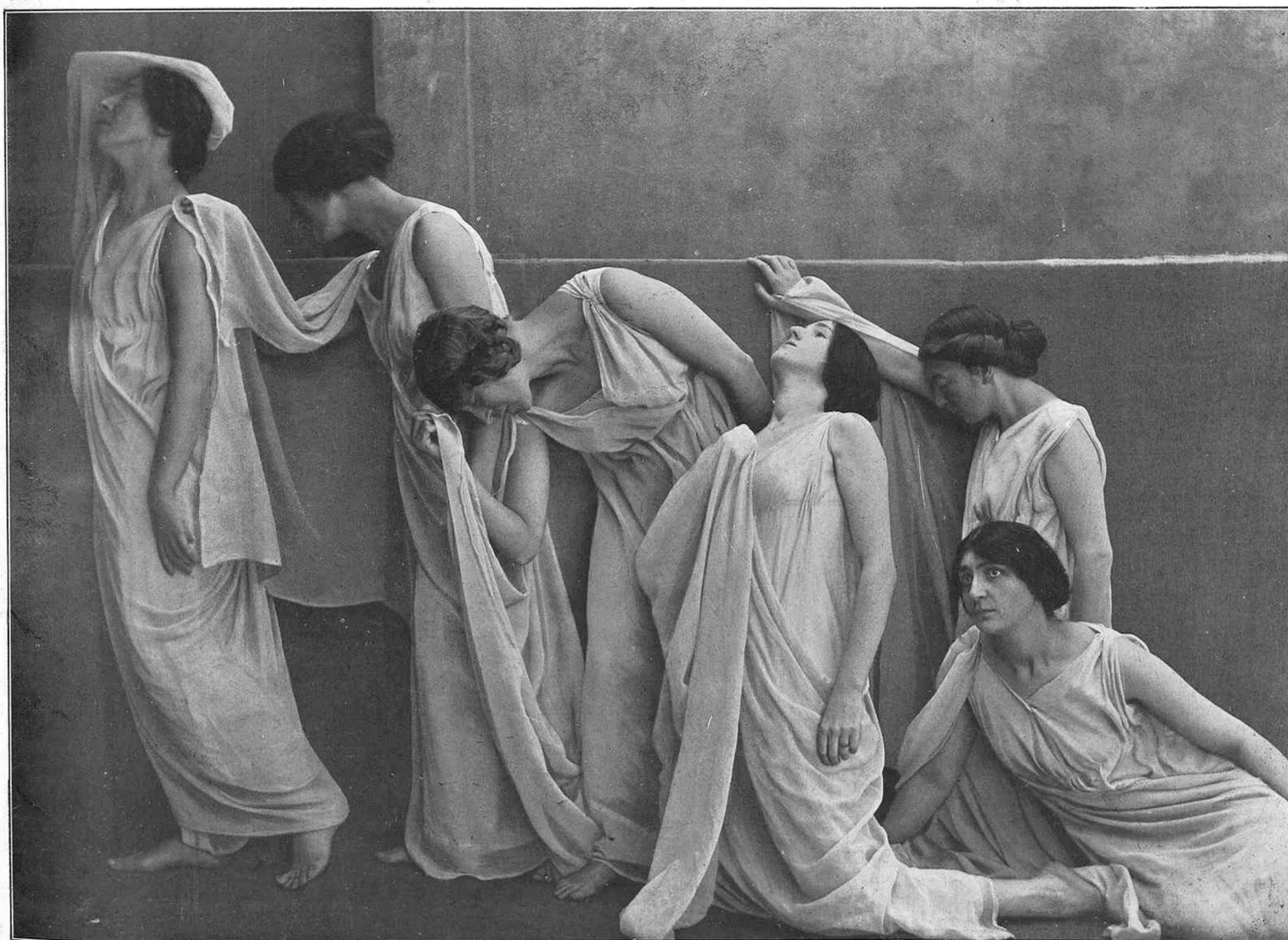
— ¿Cómo?

— Ana María está pa casase. Yo oí la segunda amonestación y me quedé como una estauta cuando er cura yamó ar que supiea argún impedimento. Y... ya hemos jablao bastante de este negocio. Gorvamos a los gansos. Es mi manía, mi pesaiya. A esos bichos no les cuadraba el nombre. ¡Gansos! ¡Gansos! ¿Verdá que no?

Ustedes contestarán, porque nosotros no supimos qué responder al viejo y simpático «Muselina», rudo y bueno como planta silvestre que tiene virtud de sanar.

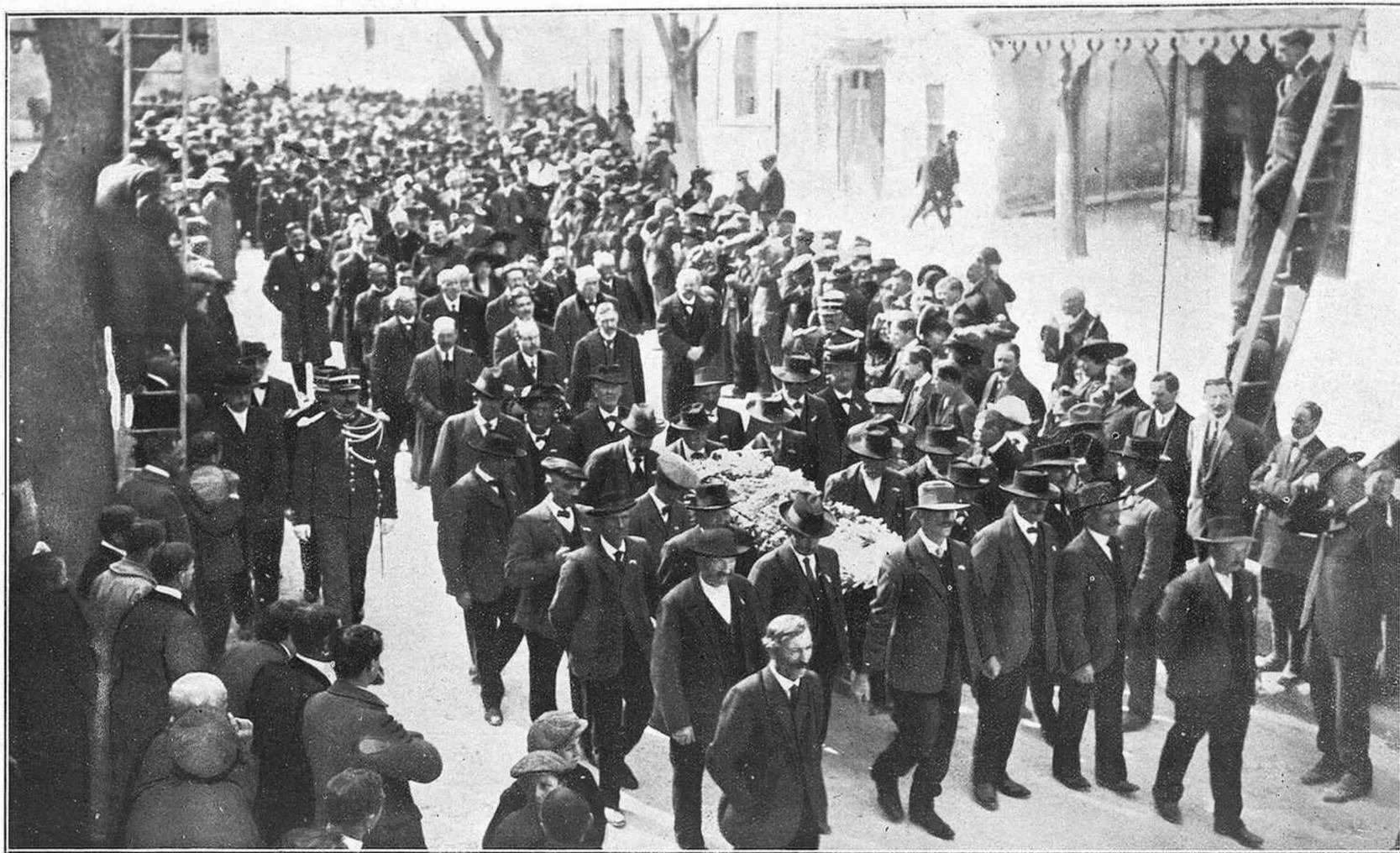


San Juan Bautista en el desierto. - La huída a Egipto, cuadros de Tiépolo que hace poco fueron robados de una iglesia de Padua



Representación del «Orfeo» de Gluck en el Instituto Jacques-Daleroze, de Hellerau (Dresde)

MAILLANE. - ENTIERRO DE FEDERICO MISTRAL. (Fotografías de Chusseau-Flaviens y Rol.)



La fúnebre comitiva dirigiéndose a la iglesia

El entierro del excelso vate, efectuado en Maillane el 27 del mes pasado, revistió una imponente sencillez, tal como había deseado aquel hombre siempre modesto, en medio de la gloria universal que rodeaba su nombre.

El gobierno, a propuesta del ministro de Instrucción Pública Sr. Viviani, había acordado proponer a las Cámaras que el entierro de Mistral tuviese carácter nacional y fuese costeadó por el Estado; pero los preparativos hechos por la familia y por la población de Maillane no permitieron aplazar la ceremonia.

Durante toda la noche, el cadáver estuvo depositado en la capilla ardiente instalada en el vestíbulo de la casa en que vivió y murió el venerable poeta; sobre su pecho habían sido colocadas las fotografías de su esposa, en la época de su boda, de la fiel criada María, que desde hacía veintisiete años servía a Mistral, y de los perros leales a quienes su amo acariciaba aún, poco antes de su muerte.

A las nueve de la mañana llegaron el coronel Penelón y el subsecretario de Estado en las Bellas Artes señor Jacquier, que llevaban la representación del Presidente de la República y del presidente del Consejo de Ministros respectivamente; acompañados por el prefecto de las Bocas del Ródano y el alcalde de Arlés, ofrecieron sus respetos y dieron el pésame a la viuda en nombre de sus representados.

A las diez formóse el cortejo fúnebre; al frente iba la música de Maillane tocando una marcha fúnebre y todas las delegaciones con sus banderas; seguían

los niños de las escuelas y un grupo de *boy-scouts* llevando treinta y seis coronas y precediendo al clero, que presidía el arzobispo de Aix monseñor Bonnefoy.

El ataúd era conducido en brazos y estaba cubierto de flores y detrás de él iba el duelo, formado por los individuos de la familia y por los personajes ofi-

delegaciones de los consejeros generales y municipales y de las agrupaciones literarias y felibras, detrás de las cuales millares de personas lloraban, pronunciándose conmovedores y elocuentes discursos.

Valerio Bernard, *capoulié* del felibrige, habló en provenzal y sus palabras eran de continuo entrecor-

tadas por las lágrimas. «Delante de esa cruz, dijo entre otras cosas, un inmenso dolor nos oprime; en torno nuestro parece que se hace la noche. El felibrige ha perdido al hombre de genio que lo animaba y vivificaba. La Provenza está de luto y la poesía parece aniquilada. ¡Maestro bien-amado! En nombre del pueblo del Mediodía, en nombre de los felibras que te llamaban padre, he aquí nuestro último saludo; he aquí nuestras lágrimas y también nuestras esperanzas.»

El Sr. Jacquier leyó un hermoso discurso del ministro de Instrucción Pública, a quien deberes de gobierno impidieron asistir personalmente a la ceremonia.

Sucesivamente pronunciaron sentidas oraciones los señores de Croissen, en nombre de la Sociedad de Autores y Compositores dramáticos, alcalde de Ar-

lés, Merignán, Arnavielle, alcalde de Maillane y otros. Terminados los discursos, el cortejo se encaminó al cementerio y el cadáver del poeta inmortal fué encerrado en el panteón que Mistral se hizo construir en vida y que es una reproducción del pabellón de la reina Juana que se conserva en les Baux y en el cual el autor de *Mireio* mandó grabar la inscripción siguiente: *Non nobis, Domine, non nobis sed nomini tuo et Provencae nostrae da gloriam.*



La multitud delante de la iglesia en el momento de ser sacado de ésta el cadáver

ciales y seguido de una multitud que no bajaría de 4.000 personas. La comitiva desfiló por entre la muchedumbre silenciosa y emocionada y se encaminó a la iglesia, en donde, después de rezado un responso, el padre Maselé pronunció en provenzal una sentida oración fúnebre.

—Terminada la ceremonia religiosa, el cortejo se dirigió a la plaza, en cuyo centro fué colocado el ataúd. Y allí, en medio del mayor silencio, entre las

DOMENICO THEOTOCOPULI
«EL GRECO»

TERCER CENTENARIO DE SU MUERTE

España se dispone a celebrar el tercer centenario de la muerte del pintor eximio que, nacido en suelo extranjero, estableció en nuestra patria y produjo en ella las portentosas creaciones que han hecho inmortal su nombre y que se conservan como valiosísimas joyas en el Museo del Prado y sobre todo en los principales templos de Toledo y en el museo instalado en la Casa de su nombre que se conserva en la imperial ciudad.

Domenico Theotocopuli, más conocido con el nombre de *el Greco*, nació en Creta en 1548 y después de haber permanecido algún tiempo en Venecia, vino a España, instalándose en Toledo, en donde, en 1577, comenzó a pintar para el altar de la sacristía de aquella catedral el bellissimo cuadro que allí se conserva y que representa a *Jesucristo despojado de sus vestiduras*. Este cuadro no fué terminado hasta el año 1587 y por él recibió del cabildo 119.000 maravedises, más 200.000 por el ornato de escultura, que también había trabajado.

El segundo cuadro que se le encargó en Toledo es el más maravilloso de todos los suyos, *El entierro del conde de Orgaz*, y de él se ha dicho con razón que es el fundamento de la escuela española.

También pintó en aquella ciudad *El sueño de Felipe II*, que se guarda en el Escorial y es quizás uno de los mejores retratos que se han hecho del segundo de los Austrias; un *San Blas*, que es sin disputa una de sus obras más notables, y otra multitud de lienzos que adornan la mayor parte de las iglesias toledanas.

De Theotocopuli se hallan en el Museo del Prado, de Madrid, diez pinturas, que son: seis retratos de hombre, *Jesucristo difunto en brazos del Padre Eterno*, *Retrato de un médico*, *Retrato de don Rodrigo Vázquez* y *San Pablo*.

Ejercitóse también *el Greco* con inteligencia en la escultura y arquitectura, habiendo hecho las trazas de dos iglesias de Illescas, de la del Colegio de Agustinos



Retrato de Domenico Theotocopuli, «el Greco», pintado por él mismo, existente en la Galería de San Telmo, de Sevilla

nos calzados de Madrid y de la Casa Ayuntamiento de Toledo, varios retablos y estatuas y algunos sepulcros. Fué, además, filósofo y escritor notable, afirmando algunos autores que dejó varios escritos sobre filosofía y arte.

Falleció el año 1625 en Toledo, en donde era muy querido y respetado y en donde su muerte causó general sentimiento, especialmente entre los artistas, a quienes protegía y proporcionaba distinciones.

Hubo en Theotocopuli dos maneras completamente antitéticas: en la primera se admiran todo el vigor, toda la luz y toda la brillantez de colorido de aquella escuela veneciana en la que le habían precedido Giorgione, Tiziano, Tintoretto y Pablo Veronese; la segunda, llena de lo que algunos han llamado durezas y extravagancias y otros han considerado como excelencias en donde pueden encontrarse las fuentes de la escuela modernista. En el arte pictórico español causó *el Greco* una revolución tan profunda, que bien puede decirse de él que echó los cimientos de aquella escuela naturalista, severa y elegante, eterna desesperación de romanistas y clásicos, cuyo cetro debía empuñar como soberano absoluto el gran Velázquez.

La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando celebró el día 29 del mes pasado una sesión solemnísima dedicada a la memoria de Theotocopuli, con motivo del tercer centenario de su muerte, que se cumplirá el día 7 del presente. En el estrado presidencial se colocó el magnífico busto del *Greco* modelado expresamente para aquella fiesta por el académico de número Miguel Angel Trilles. La ceremonia fué presidida por el subsecretario de Instrucción Pública, en representación del ministro, y en ella leyeron notabilísimos discursos los señores Repullés y Garnelo y un bello soneto el Sr. Avilés y Merino; el Sr. Redondo cantó un villancico de Vázquez y un madrigal de Gutierrez de Cecina, y varios

alumnos del Conservatorio, dirigidos por el maestro Bretón, cantaron un romance de Millán.



San Martín



La Asunción de la Virgen

cuadros de Domenico Theotocopuli (El Greco), pertenecientes a la capilla de San José, de Toledo, adquiridos por una casa francesa por 300.000 pesetas



EL SERMÓN DE LA MONTAÑA, pintura mural de la iglesia de la Paz, de Düsseldorf, obra de Eduardo de Gebhardt

Esta pintura, que forma parte de una serie ejecutada por el eximio artista alemán para la mencionada iglesia, es complemento y continuación de otra en la que se ve a Jesús predicando y que publicamos en el número 1.443 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA



JESUCRISTO EN BETANIA, cuadro de Eugenio Burnand. (Reproducción autorizada por la Sociedad Fotográfica de Berlín.)

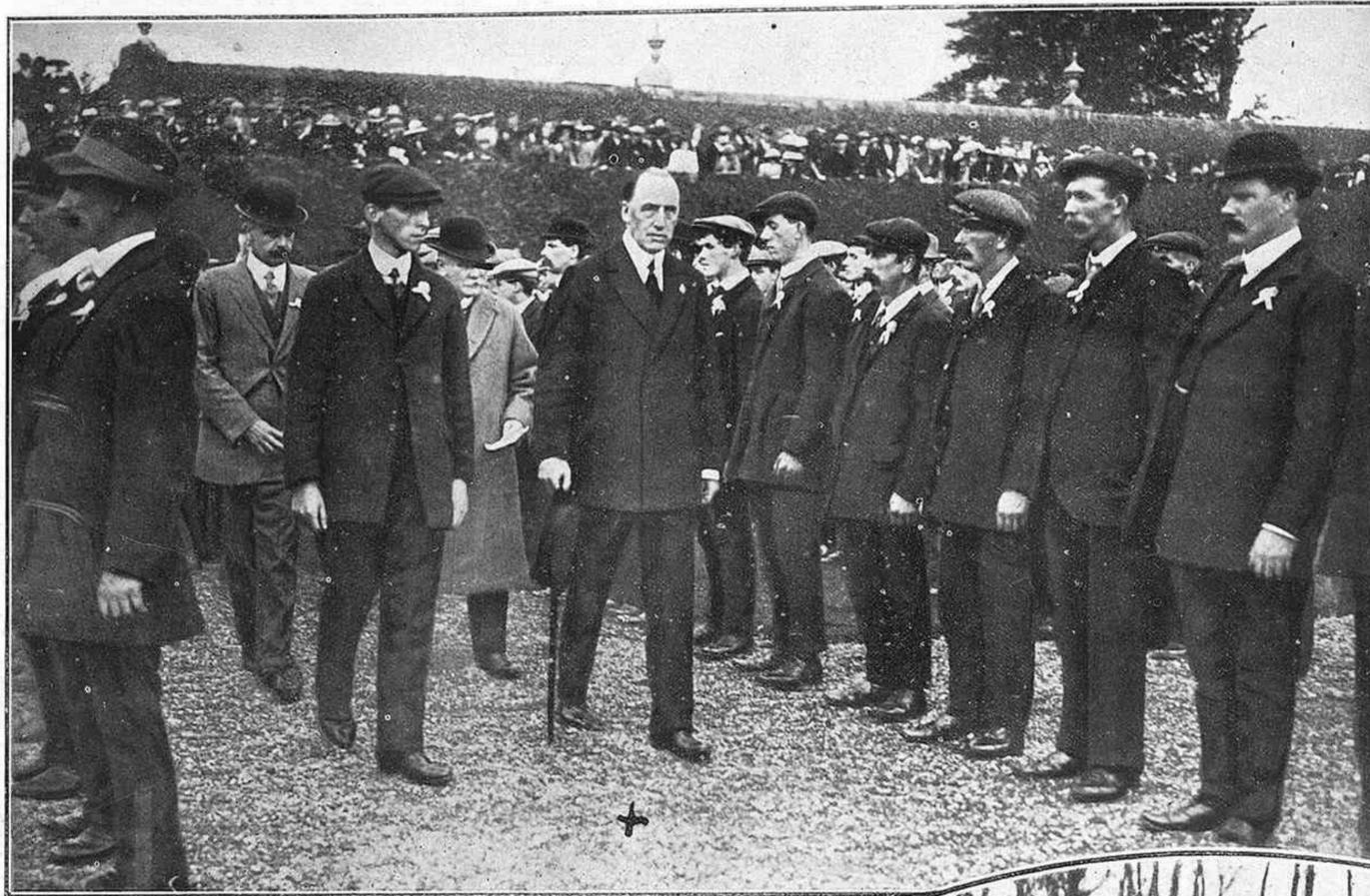
LA AGITACIÓN IRLANDESA. - LA PROVINCIA DEL ULSTER CONTRA EL «HOME-RULE»

La inminencia de la aprobación por el Parlamento inglés de la ley llamada del *Home rule*, ha producido un estado de agitación, casi de rebelión abierta, en Irlanda, en la isla precisa-

Cuando después de los gigantescos esfuerzos de Gladstone y gracias a la perseverancia y a la energía de los nacionalistas irlandeses el partido liberal inscribió en su programa el *Home rule*, el Ulster adoptó una actitud de protesta contra la proyectada autonomía, habiéndose creado el «Consejo unionista» que, bajo la presidencia de sir Eduardo Carson, dirige actualmente la resistencia de los orangistas, es decir, de los irlandeses de religión protestante y de origen inglés, y pretende hacer funcionar un gobierno provisional en Belfast, el día en que sea efectiva aquella ley.

Se comprende, en efecto, que los habitantes del Ulster consideren como una grave amenaza económica y religiosa la aplicación del *Home rule*, que ha de dar a Irlanda un parlamento local en el que los católicos formarían una mayoría aplastante. Con razón o sin ella, temen los protestantes que la autonomía significaría para ellos su exclusión completa de la administración y una política de persecuciones dirigida contra ellos por los católicos como represalias de los largos años de dominación inglesa.

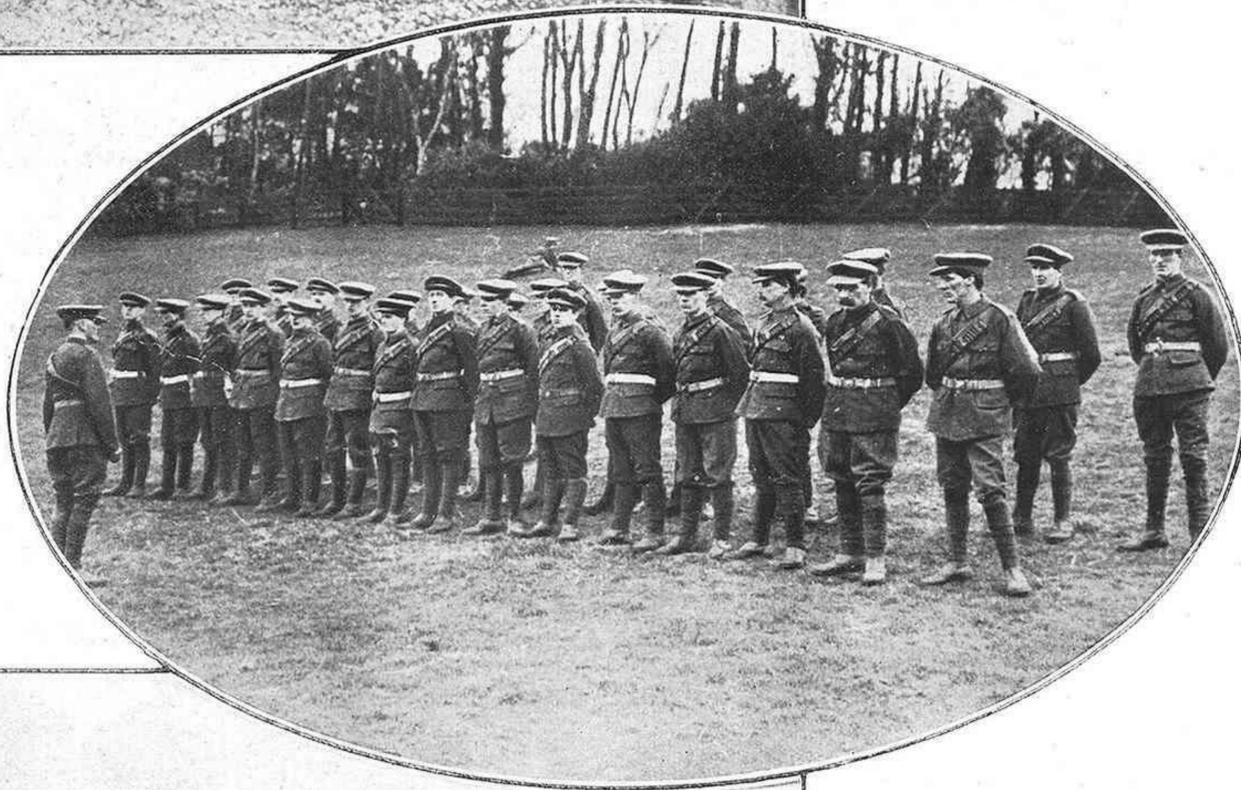
Pero los orangistas no se contentan con una resistencia pacífica, sino que desde un principio firmaron, en número de 500.000, un compromiso para oponerse a la aplicación del *Home rule* por todos los medios, incluso por la fuerza, y formaron un ejército que se dice asciende a 100.000 hombres perfectamente armados y equipados e instruidos por jefes y oficiales ingleses que dejaron el ejército para dedicarse a la educación militar de aquellos voluntarios. Entre estos oficiales figuran un teniente general, sir Jorge Richardson, que ha tomado el título de comandante en jefe, y un jefe superior del ministe-



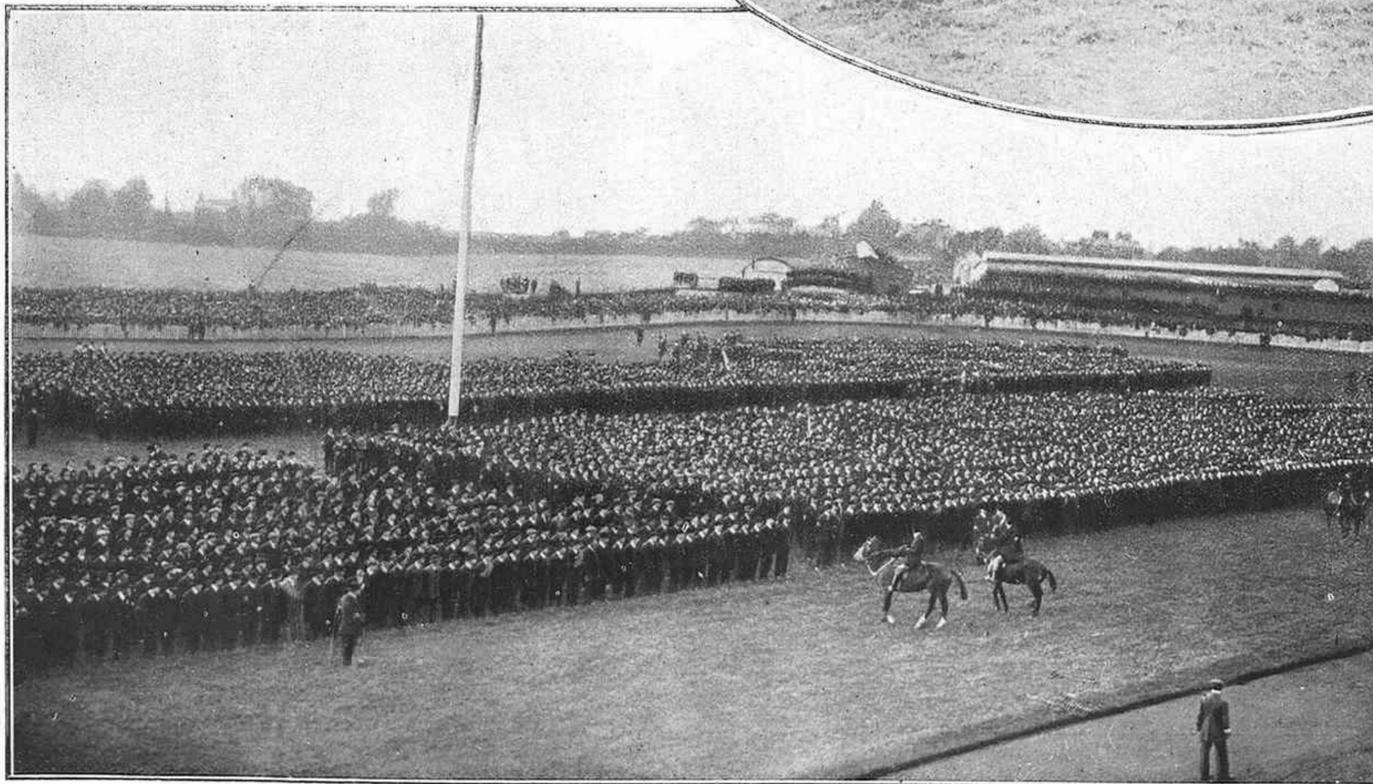
Sir Eduardo Carson (x), jefe del movimiento insurreccional y presidente del «Consejo Unionista», revisando un contingente de voluntarios. (Fotografía de Harlingue.)

mente que tanto ha batallado para la realización de las trascendentales reformas que aquella ley implica. Esto, que al pronto parece una paradoja, tiene sin embargo una explicación perfectamente lógica, y es que no son todos los irlandeses los que ahora protestan, sino solamente los de la provincia de Ulster.

De las cuatro provincias que constituyen Irlanda, la del Ulster, situada al Norte, hállase habitada casi exclusivamente por protestantes, descendientes de los colonos ingleses que Crómwell envió allí para repoblar aquel territorio, cuyos habitantes, católicos, habían sido en su mayor parte asesinados o expulsados. Durante dos siglos, aquella minoría de invasores, que actualmente constituye la cuarta parte de la población total de Irlanda, fué solícitamente atendida por los gobiernos ingleses, que le concedieron grandes privilegios políticos y económicos. De ello resultó para el Ulster una prosperidad rápida,



Grupo de voluntarios unionistas en el campamento general de Craigavon. (De fotografía de Carlos Delius.)



Gran revista de los voluntarios del Ulster en la planicie de Balmoral. (De fotografía de Harlingue.)

mientras que las otras tres provincias irlandesas, explotadas por los *landlords* de origen inglés, se hallaban condenadas a la mayor miseria y sus pobladores veíanse obligados a expatriarse.

del Estado Mayor del ejército respectivamente. La situación continúa siendo grave y es difícil prever cómo podrán ser resueltas las grandes dificultades con que ha de luchar el gobierno.



El mar lanzaba hacia el cielo gris penachos de espuma

AMBROSINA (CADET OUI-OUI)

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR CLAUDIO LEMAITRE

ILUSTRACIONES DE SIMONT. (Continuación.)

Jamás la hermana mayor había despreciado tanto a la menor; todos los pretextos le parecían buenos para humillarla.

— ¡Mire usted la sensitiva!, exclamó. ¿Se figurará que la alivia a usted sorbiendo los mocos?

Ambrosina se puso colorada y dirigió una mirada dolorosa a su hermana mayor. Catalina, con mirada avieja y boca crispada, daba golpecitos sobre la mesa con su dedal. Ambrosina recogió su labor, prefiriendo refugiarse en su cuarto.

— ¿Por qué no la dejas tranquila? Siempre le das matraca; dijo el padre en tono bondadoso.

— ¡Que cada cual se meta en lo que le importa!, replicó insolentemente la buena moza.

Idolo de su madre y reina de la pescadería, Bella Gracia no soportaba las observaciones de un pescador vulgar.

Los defectos de carácter de una muchacha tan capaz no chocaban a María Saleta. Toda la marina le envidiaría semejante nuera y Juan era tan bueno que suavizaría a su mujer.

— ¿Tomará usted un poco de café?, preguntó la vieja Papín.

María Saleta meneó la cabeza.

— Entonces una copita de licor; tengo una angélica que le sentará muy bien.

— No, no, rehusó la Saleta. Regalarme en tanto que mi hijo sufre horriblemente con las ideas que se ha metido en la cabeza, no estaría bien.

La vieja Papín callaba. No hay que quitar ilusio-

nes siempre saludables cuando se trata de cuidar a un enfermo. El pobre Juan se moría de los pulmones gastados.

Pero la bella Catalina suspiró y siguió la idea de María Saleta.

— Es verdad, dijo; a veces se atormenta uno hasta el extremo de enfermar.

Catalina había pronunciado estas palabras en un tono amargo. Hacia algunos días que había cumplido veinticinco años y esto mortificaba un poco su vanidad.

No le faltaban bailadores el domingo, ni admiradores entre semana; pero Pedro Malot, su preferido, no se cuidaba de hacer todas las visitas prometidas por su madre. Ambrosina iba al baile y el joven marinero se divertía haciendo bailar a la chiquilla. Pues ¿no se daba la mocosa aires de muchacha casadera? Quería relegar a su hermana al batallón de solteras. Los buenos partidos se le escapaban, y los medianos, intimidados sin duda por sus numerosas perfecciones, no se aventuraban.

— ¡Ah!, ¡hija mía!, suspiró la Saleta cogiendo en sus manos las de Catalina; no sería usted la que se riese de mi Juan.

— ¿Yo? No acostumbro a reirme de nadie, dijo la joven muy seria.

María Saleta vacilaba. Mimosa, acariciaba los afi-

lados dedos de Catalina, besó a la hermosa y, por fin, revistiéndose de valor, dijo:

— Mi Juan quisiera ver a usted. Tiene pena, algo así como una pesadumbre en el corazón. Si usted viniese a saludarlo, estaría medio curado. No habla más que de usted. Catalina Papín por aquí; Catalina Papín por allá. El tedio le mata. Es un muchacho pensativo y algo vergonzoso.

María Saleta miraba a Catalina. La vanidosa muchacha había comprendido y se puso encarnada de placer. Juan Saleta, un escribiente, moría de amor por ella. Seguramente la existencia del muchacho era muy precaria, pero siempre halaga a una coqueta el oír decir que un muchacho se consume por ella.

— ¡Ah!, continuó María Saleta; mi hijo no es uno de esos atolondrados que no piensan más que en divertirse, y a quienes todo lo demás les importa un comino. Muchas veces le he dicho: «Vales más que muchos jóvenes que se dan importancia.» Sin ser de las más ricas, he trabajado siempre, y no se lleva una vida tan laboriosa sin reunir un poco de dinero. Juan tiene una buena posición burguesa; gana más que

un mal marinero, y no dejará una viuda e hijos en la miseria. Vivirá muchos años. En una casa, cuando el marido se muere el primero, es Dios que se va. Conozco demasiado la viudez para no saber esto.

El viejo Papín dejó su pipa y se cruzó de brazos. — Ahora, dijo, todo el mundo quiere rebajar a la marina. Más bien debiera luchar por el mar que contra él. He sido desembarcado por el armador, y me aburro mortalmente. Sin embargo sé qué cosa es el mal tiempo. Una vez, yendo yo de grumete a bordo de la *María Margarita*, lloré de miedo. Pero uno se acostumbra. Una noche, con los compañeros, nos habíamos atado en la cubierta para no ser barridos por alguna ola. No había ya mando, ni timón, ni nada. Aun me silban los oídos cuando pienso en aquellas ráfagas terribles. ¿Y qué diremos de los espantosos abordajes? En 1870, el 6 de noviembre, un gran buque de pesca inglés embistió por la popa a la *Isabel*; y los malditos ni siquiera volvieron la cabeza.

— ¡Muchachos!, gritó el patrón, un Malfoy, hombre valiente; ¡a salir del paso como podamos!

«Achicamos agua de la cala durante un día y dos noches. Después varamos en la costa sobre un banco de arena. La *Isabel* estaba perdida y nosotros llegamos a tierra con agua hasta los cabellos. Respirábamos cuando podíamos. Sin embargo, las olas arrollaron a tres. ¿Qué le haremos? Es la suerte la que elige. Y aquí me tienen a los cincuenta y ocho años, más fatigado de mis miembros que hastiado del mar. Si las neblinas no hubiesen entorpecido las junturas, sería yo tan ágil como a los veinte años; ¿verdad, abuela?

Una intención gallarda plegó sus ojos vivos; el hombre se reía mirando a su mujer.

La Papín, muy digna, se encogió de hombros y dijo:

— No escuche usted a ese viejo loco. Babea y dice que llueve.

María Saleta se levantó y besó a Catalina en los labios y en las mejillas.

— ¿Entonces, volvió a suplicar, es seguro, vendrá usted a hacer entrar en razón a mi Juan?

— Sin falta, contestó Catalina; espéreme usted mañana.

La vieja Papín acompañó a María Saleta hasta la puerta.

— Adiós y que usted lo pase bien, dijo mirando a la pescadera que se alejaba en la oscuridad de la noche.

Entró en su casa y se instaló al lado de la bella Catalina.

— ¡Qué cosas pasan!, cuchicheó a su hija.

El padre se dormía en su silla y ella procuró no despertarle por temor de oírle lamentarse de su aburrimiento.

— Esa María, continuó la madre, pierde los sesos. ¿Qué historias ha venido a contarte de su hijo Juan a quien no le quedan quince días de vida? Ya no tiene sauge ni carnes en su cuerpo; parece un santo cristo. ¿No llama a eso pena de amor? El pobre muchacho está tísico.

— ¿Tú qué sabes?, contestó secamente la bella Catalina.

— ¡Por Dios!, no vayas a levantarte de cascos por un cadáver, exclamó la madre.

— ¡Déjame en paz!, interrumpió Catalina. Y no le despiertes, añadió designando al padre que roncaba, que nos va a fastidiar con sus eternas quejas.

Las dos mujeres siguieron hablando en voz muy baja.

Ambrosina, sentada sobre su cama, reflexionaba aún. No podía conciliar el sueño. Nunca había sentido con tanta intensidad la dureza, el egoísmo de su hermana y de su madre. ¿Qué bien había recibido de los suyos desde la infancia? ¿No había trabajado siempre tanto como una persona grande para ayudarlos? Mientras que esa Catalina, esa burlona, triunfaba en la pescadería, recogiendo gloria y provecho, ella era la criada, la burra de carga de la casa.

Ambrosina miró por la lumbre de su cuarto. Ante la noche estrellada y el aire libre de fuera, se enjugó los ojos llenos de lágrimas. Es que ahora, para ella, detrás de la tristeza, despuntaba siempre una esperanza.

¿Volvería mañana, su Pedro?

Ya le parecía oír su voz gritando:

«¡Buenos días, Ambrosina!»

«¡Buenos días, Pedro!»; contestaba ella.

Se tendió sobre la cama, cerró los párpados y cruzó las manos sobre el pecho.

Así, en la oscuridad, veía ya a su novio.

Lo había encontrado cerca del puente Marguet y, como reinaba la primavera, él le decía:

«¿Vienes al Valle a buscar margaritas?»

Bajo sus pasos, las margaritas nacían sobre el ver-

de césped, y ellos mismos se convertían en dos anchas margaritas de puros pétalos y corazones amarillos como el sol.

Ambrosina, feliz en su ensueño, acabó por dormir-se profundamente.

XV

Hacia el 10 de diciembre, se levantaron terribles temporales de equinoccio en el Canal de la Mancha.

Durante dos días, el mar concentró su cólera bajo una cerrazón espesa. Luego el viento de NE. sopló con violencia y el correr de las nubes precedió de algunas horas al enfurecimiento del mar.

El mar lanzaba hacia el cielo gris penachos de espuma; formábanse después trombas de agua, que volvían e caer precipitadamente como aludes.

Cada ola alzaba una montaña y abría un abismo. No se veía ninguna vela en el horizonte, y, sin embargo, antes del temporal, eran muchas las embarcaciones que no habían podido ganar el apacible abrigo del puerto.

Los marinos sin trabajo cesaron en sus lamentaciones, a pesar de la miseria y del fastidio. Las mujeres preocupadas tampoco se atrevían a quejarse de la huelga forzosa. ¿Quién no se alegra de no tener a ninguno de los suyos en el mar cuando se desencadena una tempestad? ¡Una desgracia es tan fácil!

La sirena lanzaba su grito estridente y, reunidos en la Capitanía del puerto, los pilotos esperaban el momento de distinguirse. Hablaban de naufragios y de salvamentos, de destreza y de valor. Para distraer al mar y arrancarle su presa hay que conocerlo.

¿Cómo temblaban las casas del barrio marítimo encaramado en la altura! El viento se precipitaba con violencia por las puertas, rompía cristales y arrancaba tejas. Caían chimeneas con estruendo. Y, durante la noche, los niños despertaban llorando.

Pero, en torno de los cirios encendidos al pie de la imagen de la Virgen del Mar, las mujeres se reunían para implorar la protección celeste.

Rosa Malot lloraba noche y día; el *Surcouf* hacía dos semanas que faltaba del puerto.

¿El mar iba a arrebatarse al hijo después del padre? ¡Ah!, el intrépido muchacho, que no había aceptado la felicidad que su madre le ofrecía, una vida apacible, las ganancias del pescadero y el amor de Bella Gracia...

Rosa, con el duelo en el alma, empezaba las últimas preces, las grandes peregrinaciones que a veces aplacan al cielo en los casos desesperados.

Pero la pequeña Ambrosina, con el corazón lleno de Pedro, miraba y desafiaba al mar. Su pensamiento diligente seguía a aquel para cuya salvación nada podía hacer.

¿Nada? ¿Y su confianza, y su ardiente deseo de quererle vivo, no era nada? Ambrosina esperaba. ¿No ha habido jóvenes que se han defendido como leones invencibles contra las malas potestades porque oían, en el fondo de su alma, a su prometida que los llamaba?

Pedro era fuerte y valiente, y se defendería; jella ponía tanto ardor en el vivir! El mar era astuto y no destruiría en flor todo el plantel de marinos de la marina que nacerían de su amor.

Las olas amenazaban y Ambrosina les sonreía. Los días sucediendo a los días no alejaban más que una ausencia de Pedro. ¿Cómo sabe arrostrar la desgracia la muchachita que nunca ha tenido muertos que llorar! Atraída siempre por proyectos de porvenir, Ambrosina olvidaba el peligro.

El le había prometido casarse con ella; era su novio. Cumpliría su promesa. Cuando el viento gemía sobre los hombres perdidos en el mar, Ambrosina, obstinadamente y con fervor, pensaba en la boda, en el banquete, en el baile. Y, una vez unidos por el indisoluble lazo, tendrían una misma morada.

¿Dentro de cuatro años esa felicidad sería posible? Ambrosina contaba. Desde luego, Pedro iría al servicio militar. Mientras tanto, ella reuniría el ajuar. El mobiliario lo comprarían juntos. Quería un hermoso reloj sobre la chimenea y una butaca en su cuarto. En la cocina, un gran hornillo de hierro. El aderezo de oro, pendientes, cadena y broche, Pedro se lo regalaría, como de costumbre.

Ambrosina, absorbida por sus proyectos, vivía como en un sueño.

— ¡Eh!, muchacha, gritaba la bella Catalina a su hermana menor absorbida, ¿estás amodorrada? Una palabra de tu boca se hace tan rara como un día de buen sol. ¿Tienes acaso a tu novio en peligro?

Esta vez, contenta de su broma, Catalina se echó a reír. ¡Un novio de Ambrosina!

La tempestad rugía y todos los Papín, refugiados en casa, esperaban que acabase la tormenta. El padre fumaba su pipa y las mujeres cosían. Las barcas

no regresaban; la pescadería y el mercado de la su-basta estaban vacíos. La bella Catalina desdeñaba la misera morrala que los pescadores costeros cogían entre dos claros. Prefería quedarse en casa, y, como sus ágiles dedos eran muy hábiles para los trabajos de costura, arreglaba el fleco de un chal de seda color de rosa, una de las mejores prendas de su armario.

— ¿Oyes?, tu novio, repitió Catalina de muy buen humor.

¡Esa Catalina que se burlaba!.. ¡Oh!, eso era ya demasiado, y la cólera de la muchacha desbordó.

— ¡Anda a ver a tu Juan, contestó secamente, tu novio, que está despojado con la muerte!

— Mi Juan, replicó Bella Gracia con calma. ¡Maltratas a un infeliz que tiene poco tiempo de vida, y eso no te traerá suerte!

Ambrosina bajó la cabeza, aceptando, confusa, el justo reproche.

¡Ay! A pesar de los cuidados de su madre y de la amabilidad de la bella Catalina, con frecuencia a su cabecera, el pobre Juan se aniquilaba. Aquel gran vendaval llegaba hasta la abrigada cama en que él temblaba de frío noche y día.

Sus deseos de casamiento, de curación, el pobre enfermo los abandonaba a su madre, la cual, incorregible, se agarraba con firmeza a la esperanza a pesar de los avisos del médico.

Siempre activa iba y venía en torno de su Juan. Charlaba y se felicitaba diariamente de tenerle al abrigo, a su lado, mientras soplabla la tempestad.

— Me alegro mucho de no tener a mi hijo en el mar, explicaba. Esta mañana encontré otra vez a Rosa Malot que iba al Santo Cristo de los Azotes; ¡no se figura que ruega por un difunto! El *Surcouf* se ha perdido. El 10, por la mañana, la *Magdalena* lo vió en alta mar, a la altura del faro flotante Dick. Estaba desmantelado, ha debido de irse a pique. Rosa no sabe nada, pero tiembla y sufre como si presintiese la desgracia. ¡Ay, Juan!, una madre encuentra siempre en su corazón algo que la advierte cuando su hijo está en peligro.

Juan alzó los ojos hacia su madre, y vió que reía. Sin embargo, estaba muy enfermo y en gran peligro, como Pedro.

— Toma, dijo ella presentándole una taza de leche; toma un sorbo.

El enfermo apartó la taza y menegó la cabeza.

¡De modo que Pedro Malot no volvería nunca más! Su cuerpo, pasto de los tiburones, no se pudriría tranquilamente en un rincón del apacible cementerio.

«¡Bah! Morir en la cama o morir en el mar, de todas maneras es morir», pensó Juan.

Ricos y pobres, gente de mar o de tierra, viejos y jóvenes todos estaban destinados a morir.

— Quizás hiciste mal en no dejarme seguir la profesión de mi padre, murmuró el joven. Se me figura que tendría afición al cabotaje.

— ¡Pero qué dices!, exclamó María indignada; sufrir los temporales, ¡tú que no tienes robustez! Si te aburre el trabajo de escribiente y quieres un comercio, lo tendrás con Catalina.

— En el mar me hubiera criado fuerte, suspiró su hijo. Madre, estoy perdido.

La voz del enfermo era suplicante.

El infeliz miró fijamente a su madre, mostrando en su rostro una expresión de gran terror.

— No hay remedio para mí, estoy perdido.

María Saleta puso la taza de leche sobre la mesa. Apartó los cabellos pegados sobre la frente febril de su hijo. Se apoyó en la cama para no caer.

Aquella voz ronca, aquella mirada de espanto, le removían las entrañas. Era como una mano cruel que encendía un fuego devorador en su pecho y vertía luego gota a gota un agua glacial en sus venas.

Un sudor frío, semejante al de la agonía, inundó todo el cuerpo de María Saleta; sus piernas le flaqueaban, pues, por primera vez, la madre veía en su presencia al que, para todo el mundo, se llamaba Juan Saleta.

Se parecían poco, el hijo moribundo y el muchacho dirigido, gobernado y hasta casado por la ambiciosa pescadera.

¿Aquél era su hijo? ¡No!.. ¡Ah! Ya no tenía hijo. No, no daba crédito a sus ojos... Sus ojos la engañaban.

Enérgica, bravía, irguió la cabeza, dispuesta a defender hasta el fin la ilusión que aquel moribundo quería destruir.

— ¿Perdido tú? ¿Para quién? Para el mar, quizás, mas no para el mundo. Te casarás un día u otro. Yo te he salvado la vida.

Juan volvió la cabeza hacia la pared para dormir. Hasta el sueño huía de él. Una impaciencia febril agitaba sus manos pálidas.

¿Por qué no venía en seguida aquella muerte esperada, a librarle de sus penas y de sus temores?

Toda su juventud indolente y sumisa le había preparado bien para un fin prematuro. Cansado ya de toda rebelión contra el destino, saludaba a la muerte, dispuesto a obedecer al primer llamamiento.

ella con terror en el porvenir de su hijo, se imaginaba el dolor de todas las pobres mujeres que lloraban en la marina la muerte de hombres perdidos en el mar, y se daba por dichosa de tener un enfermo a quien cuidar.

El temporal había destruido tres embarcaciones:

taron la cabeza hacia Rosa Malot y sus sollozos redoblaron.

En pie, cerca de la cama de su hijo, María Saleta se hallaba inmóvil, con el rostro seco, rígido, sin expresión, como el de una momia.

Juan, con la mano en la de su madre, acababa de



En pie, cerca de la cama de su hijo, María Saleta se hallaba inmóvil

Catalina, condescendiente con los deseos del enfermo, hablaba de porvenir y de restablecimiento; pero no llegaba a hacerle aborrecer la gran resignación en que él se debilitaba.

La bella pescadera tomaba en serio su papel de consoladora cerca de un infeliz herido por sus encantos.

Aquel rostro lívido, aquella mirada desesperada que la suplicaba a veces, conmovían su corazón. Aquella gran desgracia de un joven que se moría atacaba su egoísmo.

Por otra parte, Catalina sabía elegir también sus actitudes y granjearse la estimación de las gentes. Su bondad, así ostentada, añadía un mérito más a su valor de muchacha guapa y llena de cualidades.

Después de esto, ¿encontraría un marido de primera calidad? Estaba resuelta, no quería en su puesto de venta y en su casa sino lo mejor de lo mejor; de lo contrario, prefería quedarse solterona y adornar como un relicario con todos los sentimientos delicados el recuerdo de aquel dócil y afable moribundo. Su dureza se ablandaba bajo la cálida y febril piedad que la atraía a casa de María Saleta.

Las brumas favorables a la pesca del arenque se disiparon y el temporal cesó. Último arrepentimiento de otoño, el tiempo se templó.

María tuvo que renunciar al taller en que remendaba redes. Débil como un recién nacido, Juan ya no podía sostener bajo sus labios la taza llena que humedecía su pobre garganta seca.

— Deja que pase el invierno, afirmaba su madre. La primavera cura todos los males. Catalina te esperará. Por Pascua se celebrarán los esponsales.

María Saleta cuidaba al enfermo y su confianza. Cuando la agitaban tristes presentimientos y pensaba

huérfanos. No se tenían noticias de los marineros del *Surcouf*. La *Magdalena* lo había señalado recientemente. El comisario de marina había recibido de Gravelinas un telegrama anunciándole que el mar había arrojado restos a la costa. El armador había partido para examinarlos.

Rosa Malot, llena de dolor, enseñaba el puño al mar.

— ¡Me lo ha arrebatado todo!

Más tranquilo, el abuelo Nicolás razonaba:

— A mí también me creyeron perdido y aun estoy aquí. Un buque de América me recogió una vez, y necesité mucho tiempo para volver. ¡Soségate!

— ¡Maldita profesión de marino!, gritaba Rosa.

— ¡Bien se muere en la cama y tú te acuestas todas las noches!, replicó Nicolás. El hijo de María Saleta es menos vivo que el tuyo; esta noche me han dicho que está en la agonía.

Rosa Malot cubrió su gorro con un pañuelo enlutado.

— Voy allá, dijo ella.

Juan, el camarada de su hijo, se moría. ¡Alivia tanto el llorar cuando se sufre!

Rosa corrió a casa de María Saleta en busca de lágrimas para sus tristes ojos agotados.

Anochece bajo un cielo claro; la luna brillante y las estrellas rutilantes y maliciosas, parecían burlarse de Rosa. Ésta, llena de cólera, amenazaba al cielo y al mar. La tentación de ese buen tiempo engañoso atrae a los jóvenes sobre el mar de brucas traiciones.

Cuando Rosa penetró en casa de María Saleta la recibió en la puerta. Subió la escalera y se encontró en el cuarto de Juan, donde tropezó con dos mujeres arrodilladas: Catalina y Ambrosina Papín levaban

el *Surcouf*, el *Pescador* y la *María Rosa*. La tripulación de la *María Rosa*, salvada por un buque de tres palos alemán, había vuelto al puerto. Los nueve hombres embarcados a bordo del *Pescador* no volverían jamás; los naufragos dejaban seis viudas y veinticinco

morir. El sudor de la agonía aun no se había secado en su frente lívida y su boca abierta exhalaba la última tibieza del cuerpo sin vida.

— ¡Ya ves! ¡Ya ves!, dijo María a Rosa que se acercaba.

Designó a Juan y repitió:

— ¡Ya ves! ¡Ya ves!

En aquel árido dolor que la petrificaba cerca de la cama mortuoria, María Saleta se parecía al muerto impasible tendido en el lecho.

La larga enfermedad que consumía poco a poco al muchacho no había prevenido siquiera a la madre siempre llena de esperanza.

¡Qué naufragio!...

La muerte no se llevaba únicamente al hijo enfermo cuidado por María, se llevaba también al muchacho robusto que ella había querido ver desde hacía largos años, al que había llevado las ambiciones y sostenido la energía de la madre.

¡Qué naufragio!..

¿De modo que iba a tener que continuar aquella existencia tan desesperada? ¡Ah!, la infeliz prefería morir.

Pero María Saleta no era de las que se abandonan a la pena sin haber cumplido enteramente con su deber.

Había que vestir al difunto antes de las visitas. Y ella quería lavarlo antes de vestirlo.

Rosa y Ambrosina lloraban.

Juan y Pedro eran amigos. ¿Se podía ver al uno sin pensar en el otro?

— ¡Qué pena tendría Pedro de encontrar muerto a su camarada!, murmuró Ambrosina al oído de Rosa.

Catalina Papín siguió a María Saleta que se dirigió hacia el ropero. Cogió de manos de la madre la sábana que había de servir de mortaja, una camisa blanca y el mejor traje de Juan.

— Deje usted, dijo la madre, usted no debe ayudarme.

Catalina meneó la cabeza:

— No soy ninguna niña.

Rosa ni siquiera ofreció sus servicios. Oraba por Juan y por Pedro, indistintamente.

(Se continuará.)



Melilla.-Llegada del alto comisario general Marina

EL ALTO COMISARIO GENERAL MARINA EN MELILLA

Después de una corta permanencia en Madrid, el alto comisario español en Marruecos general Marina regresó a África, habiendo desembarcado en Melilla el día 24 de marzo último.

Como el general cuenta en aquella plaza con inmensas simpatías, apenas se tuvo noticia de su próxima llegada cerráronse todos los comercios y una muchedumbre extraordinaria invadió los muelles y las murallas. En el muelle Villanueva esperaban nutridas comisiones de los elementos militares y civiles, numerosos caídos y el Bachir-ben-Senab. Las fuerzas de la guarnición, al mando del general Moltó, cubrieron la carrera, y en todas las casas lucían engalanados los balcones y ventanas.

El comandante general, general Jordana, con su Estado Mayor y la Junta de Arbitrios, subieron a bordo del *Cataluña* a saludar al general Marina, el cual

de los generales Jordana y Burguete, visitó la posición de Monte Arruit y el Zaio, llegando hasta el Mesera, Melja del Muluya, Zeluán y Nador y siendo saludado en todos aquellos sitios por los jefes de varias cabilas relacionadas con el general Jordana, que son muchas y de puntos muy importantes, como M'Talza y Beni-bu-Yahí, quienes, merced a la política seguida, tienden a estrechar su aproximación a España. También visitó la colonia agrícola de la Compañía marroquí y de regreso en Melilla visitó las dependencias de la Comandancia general y las oficinas de asuntos indígenas. En estas últimas le saludaron prestigiosos chiujs de M'Talza, a cuyo frente se hallaba el venerable jerife de la Zauia de Sidi Raid, El Zeluí, el cual hizo al general Marina fervientes protestas de incondicional adhesión a España.

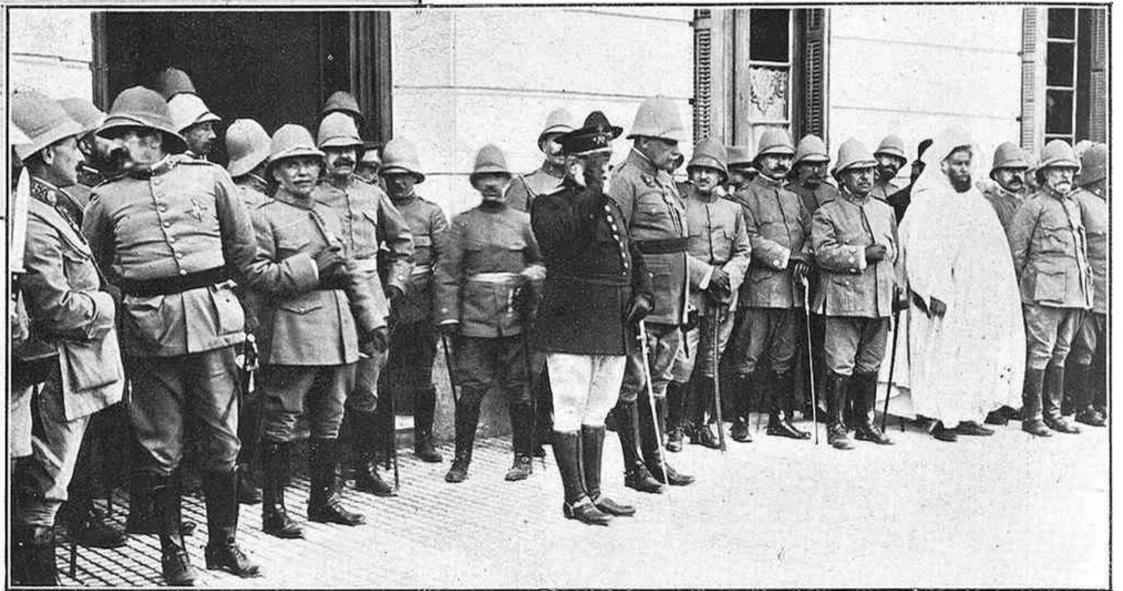


El alto comisario en la zona oriental. - Los caídos de Ulad-Settut y Beni-bu-Yahí en el campamento del Zaio besando el uniforme del general Marina en señal de respeto, cariño y sumisión.

desembarcó a las tres de la tarde entre las salvas de la artillería y los entusiastas vítores del público.

El alto comisario, acompañado de varios generales y seguido de una gran multitud, dirigióse a pie a la Comandancia general, siendo vitoreado calurosamente por el público que llenaba las calles. Desde la puerta de la Comandancia presenció el desfile y terminado éste recibió a las comisiones civiles, militares, de la colonia hebrea y de las principales cabilas ocupadas. Los moros le besaban el uniforme y le abrazaban, teniendo todos ellos frases de gratitud para España y para sus representantes en Marruecos.

A la mañana siguiente, el alto comisario, acompañado



El general Marina saludando al público, que le tributa grandes manifestaciones de entusiasmo y de cariño

Entre los caídos que en el Zaio rindieron homenaje al alto comisario, figuraba Abd-Allah, que en 1909 fué el terror de la llanura del Zebra y zonas colindantes, hasta el punto de que los zocos moros se disolvían al notar su presencia y su cabeza fué puesta a precio. En aquel mismo año se presentó al general Marina solicitando el perdón, que le fué concedido y entrando en la policía, en la cual durante estos cinco años ha prestado grandes servicios que recientemente le han sido recompensados con el ascenso a segundo teniente. Al ver ahora al general Marina, besóle el uniforme y emocionadísimo, con lágrimas en los ojos, le estrechó las manos.

Al otro día visitó el general Marina las posiciones de Taxasud, Firt, Aisa, Segangán y Kaddur.

(Fotografías de Lázaro.)



El alto comisario en la zona oriental. - Los generales Marina, Jordana, Aizpuru y Burguete en el campamento de Taxasud comprobando los planos de las orillas del río Kert. A lo lejos se divisan los campamentos de la línea derecha del Kert y al otro lado el monte Mauro, guarida de los rebeldes

BARCELONA. — ENTREGA

DE UN GRUPO DE CASAS BARATAS

A LA COOPERATIVA «EL BIENESTAR DEL OBRERO»

(Fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)



Grupo de diecisiete casas baratas construidas por la sociedad «Fomento de la Propiedad» para la cooperativa «El bienestar del Obrero» y cuya entrega a ésta se efectuó solemnemente el día 29 de marzo último.

seis años, y para amortizar el capital y los intereses hasta ser propietarios de sus viviendas están obligados a pagar cada uno durante veinte años, treinta y una pesetas mensuales, cantidad en la que está comprendido el seguro del edificio.

Los obreros que desde luego habitarán están obligados a pagar cada uno durante veinte años, treinta y una pesetas mensuales, cantidad en la que está comprendido el seguro del edificio.

El Sr. D. Carlos de Fortuny, presidente de la sociedad constructora, hizo la historia del acto que se celebraba y manifestó que la construcción de aquel grupo de casas se ha hecho en un todo con arreglo a la ley vigente para el fomento y mejora de casas baratas de 12 de junio de 1911, siendo éste el primer caso que se realiza conforme a dicha ley, en nuestra capital.

Los obreros que desde luego habitarán están obligados a pagar cada uno durante veinte años, treinta y una pesetas mensuales, cantidad en la que está comprendido el seguro del edificio.



El capitán general Sr. Villar y Villate entregando las llaves de las casas al presidente de la cooperativa «El bienestar del Obrero».

El día 20 de abril del pasado año efectuóse con gran solemnidad el acto de colocar la primera piedra de un grupo de diecisiete casas baratas para obreros, que la Sociedad «Fomento de la Propiedad» se encargaba de construir por cuenta de la cooperativa «El bienestar del Obrero».

No transcurrido todavía un año de aquel acto, en el cual se ocupó oportunamente LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, el grupo de las diecisiete casas ha quedado terminado y el día 29 de marzo último celebróse solemnemente la ceremonia de la entrega de aquellos edificios por la sociedad constructora a la mencionada cooperativa.

Asistieron a la ceremonia el capitán general de esta región, Sr. Villar y Villate, el alcalde, Sr. Sagnier, el canónigo, doctor Bruguera, en representación del vicario capitular, el presidente de la Audiencia, Sr. Serantes, el fiscal, Sr. Ribes, el diputado provincial, Sr. Valentí, varios concejales, representantes de diversas corporaciones y entidades y otras personalidades distinguidas, y las juntas directivas del «Fomento de la Propiedad» y de «El bienestar del Obrero».

El Sr. D. Carlos de Fortuny, presidente de la sociedad constructora, hizo la historia del acto que se celebraba y manifestó que la construcción de aquel grupo de casas se ha hecho en un todo con arreglo a la ley vigente para el fomento y mejora de casas baratas de 12 de junio de 1911, siendo éste el primer caso que se realiza conforme a dicha ley, en nuestra capital. Hizo resaltar, como dato esencial, que la finalidad de lo legislado en este sentido y de las construcciones que son su continuación directa no es otra que la de dotar a las clases modestas en general de habitaciones higiénicas y agradables, o sea una total mejora y dignificación del hogar popular con el menor coste posible. Terminó impetrando el apoyo del Gobierno y de las autoridades para la mejora de aquella ley en sentido más amplio.

El alcalde Sr. Sagnier, que, además de la representación del Ayuntamiento, ostentaba la del presidente del Consejo de Ministros y la del señor gobernador civil de la provincia, a quienes atenciones de su cargo impidieron asistir personalmente a la ceremonia, expresó su más entusiasta adhesión al acto que se celebraba y ofreció su más decidida cooperación para cuanto pueda redundar en beneficio del obrero.

El capitán general, en quien había delegado su representación S. M. el Rey, después de hacer constar que nuestro monarca es el primer entusiasta de todas las mejoras que tienden al bienestar del obrero, asocióse en nombre de S. M. al acto y felicitó a todos los que han contribuido a su mejor realización y a los obreros que iban a disfrutar de sus nuevas viviendas.

Luego procedió a la entrega de las llaves al presidente de la cooperativa «El bienestar del Obrero» y terminó con un ¡viva el Rey!, que fué contestado con gran entusiasmo por todos los asistentes al acto.

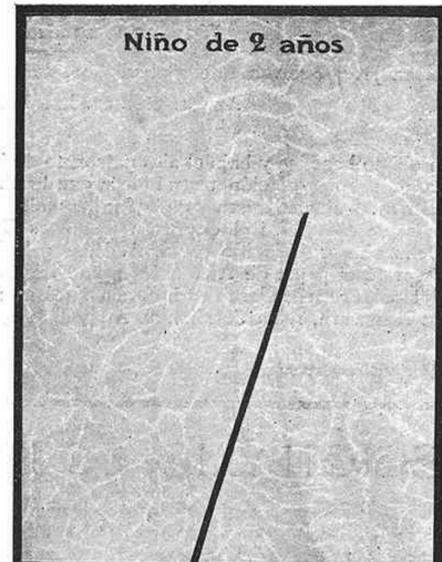
Los invitados pasaron después a visitar las construcciones y fueron obsequiados con un *lunch*.

Las nuevas casas, cuyos planos publicamos y cuya distribución explicamos en el número 1.635 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, están situadas en la barriada de Sans, al extremo de la calle de Port-Bou; constan de planta de baja y un piso, tienen un patio espacioso y en ellas hay instalación para gas, agua, electricidad, wáter, etc.; son cómodas e higiénicas y han costado unas 5.250 pesetas cada una, sin contar el valor del terreno que fué cedido gratuitamente por el Excmo. Sr. Conde de Güell, cuyo nombre ostenta la nueva calle que las mismas forman.

El arquitecto autor de los proyectos es D. Julio M. Fossas y los contratistas de las obras han sido los señores Pujadas y Llobet.

Los socios de la cooperativa «El bienestar del Obrero» tienen entregadas ya a la sociedad «Fomento de la Propiedad» 1.000 pesetas cada uno, que han venido ahorrando durante

Fragmentos de epidermis aumentados 200 veces



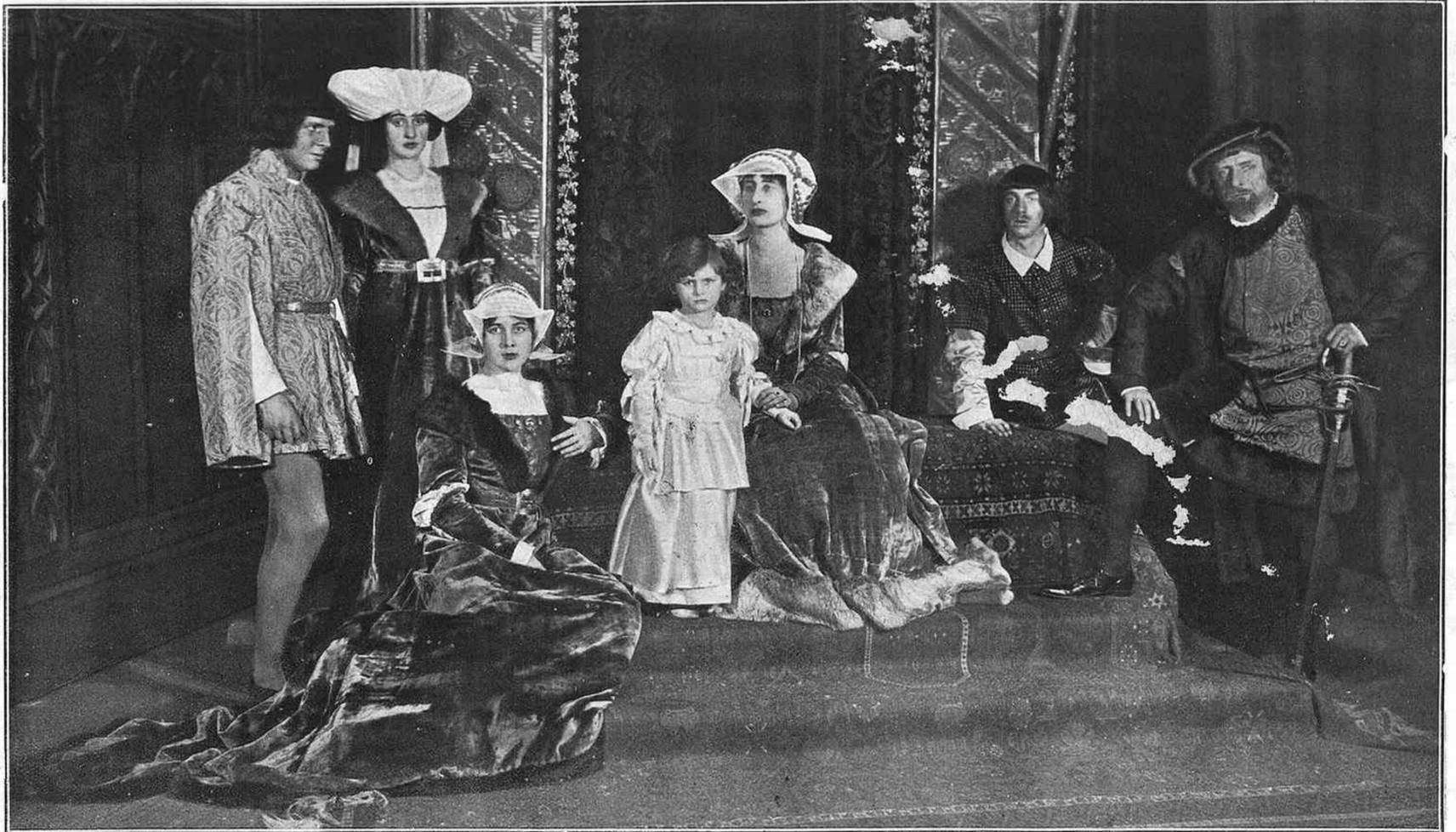
Esto se convierte

en aquello con el Jabón



de **Heno**
de **Pravia**

MÚNICH. - UNA REPRESENTACIÓN DE GALA EN LA CORTE DE BAVIERA. (Fotografía remitida por Carlos Trampus.)



Una escena del tercer acto del drama «Windsor», representado en el palacio real de Múnich

Los personajes que se ven en el grabado son, de izquierda a derecha: paje (conde Nostitz); lady Fitzgerald (condesa Irene de Schoenborn); lady Juana Seymour (señorita de Fiedler); Ana Bolena (condesa María Luisa de Schoenborn, autora del drama); paje (conde de Almeida); sir Tomás de Bolein (Sr. Fiedler)

Para un objeto benéfico y bajo el alto patronato de la princesa Gisela de Baviera, se ha celebrado una gran representación teatral en la que han tomado parte como actores individuos de la más alta aristocracia bávara y de la familia real.

La obra representada fué el drama en tres actos *Windsor*, escrito por la princesa María Luisa de Schoenborn, traducido por S. A. R. el príncipe Enrique de Baviera. La autora de la obra interpretó el papel de Ana Bolena, y el traductor, el de sir Tomás Wyt; los demás papeles principales se repartieron en la forma siguiente: Enrique VIII de Inglaterra, el barón de Gleichen Russwurn, reina Catalina de Aragón, la condesa de Moy; cardenal Wolsey, se-

ñor de Le Suire; bufón de la corte, el conde de Lezansky; lady Fitzgerald, la condesa Irene de Schoenborn; lady Juana Seymour, señorita de Fiedler; sir Tomás de Bolein, Sr. de Fiedler; pajes, condes de Nostitz y de Almeida. Al final del tercer acto del drama, los intérpretes ejecutaron el *Minué de la Reina* de la ópera de Saint-Saens *Enrique VIII*.

La obra *Windsor* ha sido escrita por la princesa María Luisa de Schoenborn en inglés y la traducción fidelísima del príncipe Enrique de Baviera ha sido muy elogiada.

A la representación, que obtuvo un éxito grandísimo, asistieron los soberanos, los miembros de la familia real residentes en Múnich y toda la aristocracia de Baviera.

DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. - Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas, las voces antiguas, los Neologismos, las Etimologías, los términos de ciencias, artes y oficios, las frases, proverbios, refranes, idiotismos y el uso familiar de las voces, y la pronunciación figurada. - Obra reconocida por el ministro de Instrucción Pública de Francia como el Diccionario más completo de los publicados hasta hoy, según puede verse por la carta por él dirigida á nuestro representante en París. - *Monsieur: Vous avez bien voulu m'adresser les quatre volumes du nouveau Dictionnaire Française-Espagnol et Espagnol-Française de M. Fernández Cuesta, que viennent d'être à Barcelonne MM. Montaner et Simón. Je vous en remercie bien sincèrement; et c'est assurément le Dictionnaire de langue espagnole le plus complet qui ait paru jusqu'à ce jour, et je ne doute pas qu'il ne rende les plus grandes services. - Agrétez, Monsieur, l'assurance de mes sentiments les plus distingués. - Le Ministre de l'Instruction publique et des Beaux Arts, LOCKROY.* - Cuatro tomos encuadernados, cincuenta y cinco pesetas, pagadas en varios plazos.

CANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores á esta ILUSTRACIÓN

EL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

COMPUESTO POR D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

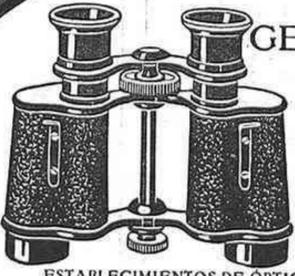
Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea e ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. - Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. - Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar.

Montaner y Simón, Editores, Barcelona.

PÍDASE PROSPECTO J.A.

LEITZ



GEMELOS PRISMÁTICOS
PARA
EJÉRCITO Y MARINA
VIAJE Y SPORT
TEATRO Y CAZA

SE VENDEN EN TODOS LOS
ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR
E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el *PILAVORE DUSSER*, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN